

Un pueblo de salvación

(fragmentos)

William Booth

Somos un pueblo de salvación. La especialidad de la casa es salvación, ser salvos, mantenernos salvos y conseguir que otros se salven para luego ir nosotros a buscar aun más salvación...

Creemos en la salvación. La salvación a la antigua. Nuestra salvación es la que enseña la Biblia, la que proclamaron los apóstoles y profetas, la que predicó Lutero, Whitfield y Wesley y la que los mártires sellaron con su sangre. La misma salvación que recibimos a costa de los sufrimientos, la agonía y la sangre del Hijo de Dios.

Creemos que el mundo la necesita y que ella, solamente ella, puede enderezar sus extraviados caminos... El más malvado de los seres humanos que jamás pisó esta tierra se irá al cielo si la obtiene, y el más excelso de los hombres será huésped del infierno si no le presta atención...

Nosotros tenemos salvación. La necesitamos y la tenemos. Hay cristianos que pertenecen al grupo de los que creen que la tienen, otros pertenecen al grupo de los que esperan tenerla y otros de los que saben que la tienen. Gracias a Dios que pertenecemos a ese grupo. Al de los que saben que la tienen. Sabemos que somos salvos. Sabemos en quién hemos creído y el Espíritu da testimonio de nuestra fe y testifica a nuestros corazones que somos hijos de Dios.

La salvación es nuestra tarea cotidiana, salvar almas es nuestra vocación, es el propósito principal de nuestra vida y la labor a la que nos hemos dedicado.

¿Cuál es la razón de tu vida? No es sólo salvar tu alma y prepararte a ti mismo para el Paraíso. Debes buscar al perdido. Lo puedes encontrar a todo tu alrededor. Tú eres una copia de Jesucristo, conságrate con todas tus fuerzas a la gran labor de salvar a otros.

Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande (Hebreos 2:3).

Traducido de *A Salvationist Treasury* de Henry Gariepy. Crest Books

Somos un pueblo especial



Debemos conocer nuestro pasado si queremos alcanzar nuestro futuro.

Porque somos hechura
suya,
creados en Cristo Jesús
para buenas obras.

Efesios 2:10

Por Enrique Lalut

Contiene el artículo "Se desvivió por los desdichados" por Richard Collier

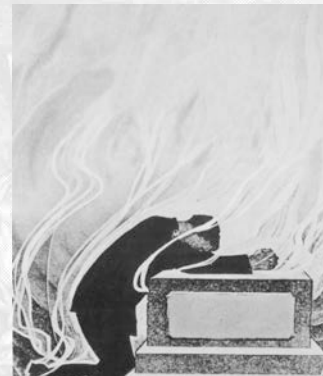
“Hazlo otra vez, Señor”

LOS HERMANOS DE la iglesia metodista de Nottingham, el pueblo donde nació William Booth, han pintado en el piso de la capilla un círculo que marca el lugar preciso donde el Fundador del Ejército de Salvación se arrodilló para consagrar a Dios, según sus propias palabras, “todo lo que había de William Booth”.

La capilla recibe la visita de innumerables salvacionistas, que vienen desde todos los rincones del mundo a observar el lugar donde Booth recibió la bendición que algún día llegaría a materializarse en el Ejército de Salvación.

Una mañana temprano, el pastor de la iglesia oyó ruidos en la capilla y al bajar vio a un anciano salvacionista negro que, arrodillado dentro del círculo, repetía con las manos en alto: “¡Hazlo otra vez, Señor, hazlo otra vez!”

Es el deseo de los editores que este manual pueda producir en ti ese mismo deseo y extraer de tus labios esa misma oración.



*Los editores desean agradecer el valioso aporte del Museo Salvacionista del Territorio Este de Estados Unidos, que en la persona de su directora, **Mayora Kathleen Bearcroft**, nos brindó acceso amable, expedito y profesional al valioso material histórico con que cuenta el Territorio. Así mismo queremos constatar aquí nuestros agradecimientos a **Robin Rader**, Directora de la Biblioteca Brengle, de la Escuela de Entrenamiento para Oficiales en Suffern, New York. Su amabilidad fue refrescante, su profesionalidad indiscutible, su paciencia extraordinaria.*

Así pensaban los primeros salvacionistas

El Ejército de Salvación no fue planificado ni por un hombre ni por un grupo de hombres. William Booth nunca manifestó que él había inventado o creado el Ejército de Salvación. La verdad es que no hay indicios de que ni él, ni su devota esposa, ni sus tenaces seguidores, soñaran jamás con el resultado al que iban encausados, hasta que un buen día se dieron cuenta de que se había establecido un Ejército en el cual ellos eran soldados.

Albert Orsbon

El mayor logro del Ejército de Salvación es el uso efectivo de personas, en su mayoría gente común y corriente pero que reciben una inspiración que les permite dedicarse por entero y sin reservas a la causa, bajo la convicción de que han sido llamados por Dios.

Robert Sandall

Para hacer que un hombre se salve verdadera y completamente, no es suficiente pasarle un par de pantalones, ofrecerle un trabajo regular, o proporcionarle una buena educación universitaria. Todo eso está en el exterior del hombre y si el interior no ha cambiado, has perdido tu tiempo. Debemos de una manera u otra, inyectar en él una nueva naturaleza que contenga elementos divinos.

William Booth.

Si tratamos de hacer el trabajo de Dios, sin proclamar Su mensaje, nunca lograremos obtener el propósito divino.

Clarence Wiseman.

El Ejército de Salvación se compone de hombres y mujeres que han experimentado el perdón de sus pecados y el poder divino y se han enlistado bajo su bandera para luchar por la causa de Dios y del prójimo.

Órdenes y Reglamentos para Oficiales

“Este a los pecadores recibe”, decía el fariseo comentando sobre Jesús. Lo que en sus labios pretendía ser un insulto malicioso se ha convertido en la gloria y la atracción principal del Evangelio de Jesús.

Frederick Coutts

El Ejército de Salvación existe tanto para sus miembros, como para los que no lo son.

Clarence Wiseman

Una verdad indiscutible es que, a menos que salvemos pecadores, nuestra existencia como Ejército no tiene justificación.

Catherine Bramwell Booth

¿Cuál sería el valor de un Salvador, si no es lo suficientemente bueno, lleno de gracia y fortaleza para salvar al más vil de los pecadores y salvarlo con toda la salvación que necesita?

William Booth

Si nos quitan toda la parafernalia militar, uniformes, charreteras, oficiales, órdenes del cuartel, todavía tendremos una razón de ser: salvar almas. Si nos quitan el espíritu de evangelismo agresivo con el cual Dios nos levantó, lo único que nos queda es un juego de soldaditos de plomo, en versión adulta, sumamente complicado y costoso.

Ted Palmer

Somos un pueblo especial



¡Oh, si rompieras los cielos, y descendieras, y a tu presencia se escurriesen los montes, como fuego abrasador de fundiciones, fuego que hace hervir las aguas, para que hicieras notorio tu nombre a tus enemigos, y las naciones temblasen a tu presencia!

Isaías 64:1-2

Producido por Hispanic Word para el Ejército de Salvación, West Nyack NY. USA
1º Edición, 2007 - 2º Edición, 2008.
Editado por Enrique Lalut

Contiene el texto *Se desvivió por los desdichados* publicado por *Reader's Digest* en su edición de febrero de 1965. Dicho artículo era una traducción y condensación del libro *The General Next to God* de Richard Collier.

Usado con autorización de Reader's Digest y de Curtis Brown Group Ltd.

Contenido

La viña de Nabot	i
Los primeros salvacionistas	ii
Ese llamado	iii
Somos un pueblo con un llamado	iv
Se desvivió por los desdichados	1
Sopa, jabón y salvación	3
Aquí comenzó todo	7
El enemigo reacciona	10
Mis mejores hombres son mujeres	14
Cuando el diablo perdió su isla	20
Una familia usada por Dios	24
Señales y prodigios	29
Las palabras de un apóstol	31
Dios hace originales	32
Costumbres y vocabulario	34
Eso dijeron	contraportada

Quiero que cada soldado tenga claro lo siguiente: no debemos depositar nuestra confianza en el Ejército de Salvación; debemos confiar en el Dios Todopoderoso, que lo levantó. Nuestra fortaleza no radica en nuestros estandartes, ni nuestras banderas, ni nuestros camaradas, sino en el poder del Todopoderoso Dios, el Espíritu Santo. **William Booth.**

Predicar es la labor principal del Ejército. No es sentarse detrás de un escritorio, no es delegar la autoridad; es predicar, se tiene que predicar. **Evangeline Booth.**

La viña de Nabot

Y Acab habló a Nabot, diciendo: Dame tu viña para un huerto de legumbres, porque está cercana a mi casa, y yo te daré por ella otra viña mejor que ésta; o si mejor te pareciere, te pagaré su valor en dinero. Y Nabot respondió a Acab: "Guárdeme Jehová de que yo te dé a tí la heredad de mis padres".

1 Reyes 21:2-3



El fervor, la visión y el amor por las almas que presenciamos en los primeros salvacionistas, constituyen nuestro legado y nuestra posesión. Debemos atesorarlo; jamás debemos olvidarlo. Ellos son...

...una viña que no está a la venta

Los primeros salvacionistas eran gente innovadora

Nuestro Ejército se formó al calor de innovaciones que muchas veces escandalizaron al público de la época. Eran extremas. Muchas veces descabelladas. Nunca aburridas. Imagínese...

¿A quién se le hubiese ocurrido permitir que una mujer predicara en pleno siglo XIX desde un púlpito? ¿O alquilar un salón de baile, donde se bebía y blasfemaba durante la semana, para hacer un culto religioso el domingo en la mañana?

¿Y qué piensa de la música que entonaban en sus servicios religiosos (que ellos llamaban reuniones)? ¿En lugar de un órgano, tenían una banda de bronce, de aquellas que la gente acostumbraba a escuchar en los hipódromos! Sus himnarios, que ellos llamaban cancioneros, contenían las palabras cristianas que



sus apasionados convertidos habían ajustado a tonadas totalmente populares, de esas que la gente cantaba en las tabernas cuando el ambiente se tornaba alegre. Algo así como cantar ¡Santo, Santo, Santo! con la melodía de Se va el caimán... Terrible, ¿verdad? Cuando le preguntaban la razón al Fundador, decía: "¿Por qué le vamos a dejar al diablo las mejores melodías?" ¡Nunca le hemos temido a lo que es nuevo! Ni le hemos prestado atención a lo que la gente dice de nosotros. Catherine Booth agregaba: "No se puede mejorar el futuro sin importunar al presente". Y el Ejército supo importunar a la adormecida iglesia de la época. ¡Sí, somos innovadores pero no debemos confundirnos!

El Ejército no creció porque hicimos las cosas de manera diferente. Se hizo grande porque los primeros salvacionistas habían escuchado claramente el llamado que Dios hace a cada cristiano, "¡id y haced discípulos!" las innovaciones y los métodos que usaron eran solo instrumentos para cumplir con mayor rapidez esta comisión.

Este manual es una invitación a buscar la visión, la unción y el fuego que poseían los primeros salvacionistas.

Todas las innovaciones y métodos que usaron eran sólo instrumentos para conseguir con mayor rapidez lo que ya estaban desesperados por conseguir, que era: cumplir el llamado de Dios. Cada salvacionista llevaba ese llamado como una fogata en el corazón y ¿quién se puede estar quieto con esa clase de fuego en su interior?

Debemos visitar el pasado

Es nuestro deseo que hoy el soldado tenga la oportunidad de entrar en contacto con el fuego vivificador que consumía a los primeros salvacionistas.

¿Cómo se consigue ese fuego? Dejando que Dios nos hable. Cuando Él nos dirige la Palabra sentimos el calor de lo eterno. “¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino?” (Lucas 24:32).

Para oír Su voz debemos preparar nuestros oídos, esa es una labor que se realiza de rodillas en petición urgente y vehemente de recibir unción. “Me buscaréis y hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón” (Jeremías 29:13).

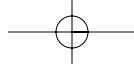
Es importante que los actuales salvacionistas sientan el calor de nuestros comienzos y capten la luz de nuestros principios. De esta manera, y sólo así, tendremos la sabiduría para distinguir lo que se puede usar y lo que se debe descartar y saber cómo innovar y quedarnos con aquello que constituye nuestra herencia sagrada que no debemos abandonar jamás.

Mirad a la piedra de donde fuisteis cortados y al hueco de la cantera de donde fuisteis arrancados (Isaías 51:1)



Somos el Ejército de Salvación, no el ejército de la cama, de la banda, ni de la olla de Navidad, no el ejército del centro comunal, ni de los servicios de emergencia. Estos son solamente los campos de batalla, las armas y la logística de lo que es la verdadera batalla.

*Ted Palmer
Marching on!*



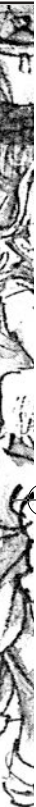
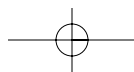
Somos un pueblo con un llamado de Dios

**Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios;
Jehová tu Dios te ha escogido para serle
un pueblo especial...**

Deuteronomio 7:6

Nada detuvo a William Booth, fundador y primer “general” del Ejército de Salvación. Ni la furia de los dueños de burdeles y taberneros, ni la mojigatería de los caballeros victorianos. Con inflamadas palabras y fe militante, continuó su marcha al toque de trombones, cornetas y panderetas, llegando a las más miserables barriadas de las ciudades inglesas... y al corazón de sus más infelices ciudadanos. “Id por almas e id por las peores”, era el lema del General Booth. Y alcoholicos, prostitutas, despreciados, miserables, encontraron la esperanza bajo los estandartes de su Ejército.

Tan vibrante era su energía, tan contagioso su ideal que 130 años después de su fundación, el Ejército de Salvación cuenta con 15.000 oficiales que le dedican todo su tiempo, libran su justa guerra en 71 países y difunden su mensaje de esperanza en 147 idiomas.



Se desvivió por los desdichados

Richard Collier



Un buen día se presentó en Mile End Road, arrabal del Este de Londres. Era alto, de barba, vestido de levita y sombrero de alas anchas. Se detuvo frente a la fachada de ladrillo de la taberna The Blind Beggar y sacó un libro que traía bajo el brazo.

-Hay un cielo para todos en el Este de Londres -dijo-. Para todo aquel que se detenga a pensar y mire a Jesucristo como su Salvador.

De la taberna salió una salva de denuestos y

juramentos, pero los desarrapados que se habían apretujado contra él lo escuchaban con agrado. El reverendo William Booth hablaba con el acento poco familiar de la gente del interior, mas su palabra era convincente y sus ojos grises relampagueaban dominantes.

De entre la multitud salió disparado un huevo que, al dar en el blanco, rompió el hechizo sutil. Con la yema chorreándole por las mejillas, Booth hizo una pausa, oró y siguió andando a

Somos un pueblo especial

grandes trancos por las calles malolientes del barrio.

El evangelista ambulante, que tenía 36 años, había llegado recientemente a la ciudad. Corría julio de 1865. Gran Bretaña, bajo la Reina Victoria, era entonces la nación más rica y poderosa de la tierra y, no obstante, su capital estaba increíblemente plagada de barrios bajos, de gente escuálida y disoluta. El Este de Londres era uno de los peores, un repugnante laberinto de medio millón de almas donde vivía la gente apretujada a razón de 720 almas por hectárea, “un enorme estercolera” decía un mendigo, “donde los ricos cultivan sus hongos”.

Con la cabeza gacha y oscilando sus largos brazos, marchaba Booth en medio de aquel populacho esquivo y desaseado. Enfrente de las incontables tabernas vio hombres sombríos de aspecto tétrico que reñían y se golpeaban unos a otros; vendedoras de fósforos y naranjas le cortaban el paso; floristas irlandesas con los pies descalzos jaspeados de lodo gitaneaban pregonando su mercancía; y el arroyo, chiquillos desarrapados y famélicos recorrían el vecindario en busca de algo que llevarse a la boca.

Vio niños de cinco años completamente borrachos en las puertas de las vinaterías. De cada cinco tiendas, una era de licores y las demás tenían escalones especiales para facilitar la llegada de los pequeños hasta el mostrador. Todos hacían gala de vender copas de ginebra que sólo costaba un penique. La ciudad apestaba a cueros de res, humo de chimeneas, agua estancada, filtraciones de gas y estiércol. Al mismo Támesis lo apodaban “el gran hediondo”. Más de 350 alcantarillas descargaban su inmundicia entre sus aguas amarillas grisáceas, y por más de tres kilómetros, entre Westminster y el Puente de Londres, un banco negro y pegajoso de depósitos de albañal, de casi dos metros de profundidad, se alargaba 30 metros hasta el canal principal. Las enfermedades brotaban por todas partes y la gente vivía familiarizada con la muerte: el cólera había azotado ya tres veces desde 1832.

La precaria situación de los pobres había pesa-

do siempre sobre la conciencia de Booth. Y ahora, mientras transitaba por este infierno humano, llegó a convencerse de que su paso por la horrible maraña de este lugar obedecía a un propósito. Su esposa, Catherine, recordaba que era ya medianoche cuando rechinó su llavín en la cerradura de la puerta de la casa donde se alojaban, en el oeste de la ciudad. Entró luego en el aposento con los ojos encendidos y que, con los horrores de Mile End Road dándole vueltas aún en el pensamiento, le habló así: “¡Mi amor, he encontrado mi destino!”

Un hombre testarudo

Al oír estas palabras, Catherine Booth debió sentirse tocada por la fría mano de la incertidumbre. En los cuartos de arriba dormían seis niños y, como si no fueran bastantes, ella estaba esperando al séptimo. Ya era difícil pasar con lo que tenían y si su esposo se proponía ahora gastar la vida entre los menesterosos del East End, el porvenir se tornaría precario en verdad. Pero Catherine era tan dedicada como William y anhelante compartió con él su sueño.

-Siempre hemos confiado en el Señor -le dijo- y podemos seguir confiando en él.

Hacía tiempo que ambos jóvenes seguían de todo corazón el ejemplo de John Wesley, fundador del metodismo, que un siglo antes había predicado en las calles a los pobres y a los degradados. “Id no solamente donde aquellos que os necesitan”, había dicho Wesley a sus seguidores, “sino donde aquellos que más os necesitan”.

El consejo excitó a Booth que, habiendo trabajado en su niñez como aprendiz de un prestamista de Nottingham, conoció desde temprana edad la degradación y la miseria. A los 15 años se hizo metodista y comenzó a predicar a los perdidos y holgazanes de la localidad. Dos años después reunió un buen número de zarrapastrosos en “The Bottoms”, el barrio más bajo de Nottingham, y escandalizó a la congregación de la capilla wesleyana de Broad Street, llevándolos a los servicios matutinos.

Somos un pueblo especial

Se acostumbraba que cuando los pobres iban a la capilla, si acaso iban, entraban por la puerta lateral y se sentaban en los duros bancos que había detrás de la partición, donde no eran vistos por el resto de los fieles. Mas ahora, ante los ojos atónitos de los administradores de las fábricas, de los tenderos y de sus bien vestidas consortes, el “testarudo Will”, como llamaban a Booth, hacía sentar a sus protegidos en los mejores sitios.

A los 20 años se estableció en el barrio sur de Londres y trabajó en su oficio de prendero, pero pasaba la mayor parte del tiempo predicando. Vivía de sus escasos ahorros y vendía sus muebles para mantenerse. Fue allí donde conoció a Catherine Mumford, grácil y trigueña, y se enamoró de ella. Era hija de un carroceros de la vecindad, ocasional predicador metodista laico. De temperamento emotivo, propenso a los desbordamientos de alegría y a los negros abatimientos, Booth encontró en esta chica, dulce y discreta, la compañera perfecta.

Animado por Catherine se enroló como estudiante de teología en un seminario regentado por una secta disidente de la iglesia metodista llamada la Nueva Conexión. El mismo día de su ingreso predicó en una capilla cercana e hizo 15 conversiones. Sus sermones estaban cargados de tronante fervor; una vez que pintaba a los pecadores de este mundo como a naufragos de un barco a quienes sólo Jesucristo puede salvar, saltaba sobre el asiento del púlpito batiendo en la mano un pañuelo como señal de socorro.

Muy pronto su celo evangelizador llegó a parecerles excesivo aun a los de la Nueva Conexión. Como predicador itinerante había efectuado 1.700 conversiones en el espacio de unos pocos meses, pero sus métodos tenían más de la vehemencia norteamericana que de la parsimonia inglesa victoriana. Los de la Conexión suspendieron sus viajes y le asignaron un puesto fijo.

En 1858, cuando no había cumplido aún 30 años, fue ordenado ministro, pero nuevamente quedaron defraudadas sus esperanzas al recibir otro empleo rutinario. Por fin, en 1861, vencido por la atracción que las masas infieles de grandes

Sopa, jabón y salvación



“No se le puede predicar el Evangelio a un hombre con hambre”. William Booth

Los primeros salvacionistas llevaron la Palabra a donde estaba la gente, sin esperar que la gente fuera a donde estaban ellos.

El Evangelio se predicó en las calles, plazas, tabernas y playas. La gente que no era bien recibida en una iglesia (pobres, desamparados, pordioseros) tenían la oportunidad de escuchar el Evangelio.

William Booth y sus seguidores se dieron cuenta de que una persona que no había recibido una comida caliente durante los últimos tres días no podía tener oídos para escuchar, sólo oía el clamor de su estómago.

Se hacía necesario entonces proporcionarle un plato de sopa, una prenda de ropa o un pedazo de jabón, que le devolvieran su dignidad y su capacidad de atender.

(Continúa página 4)



Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? (Santiago 2:14-16)

... Sopa, jabón y salvación

"Sopa, jabón y salvación" llegó a ser el lema que, junto a "Id por almas e id por las peores", movilizó a los primeros salvacionistas a proclamar que el Señor había llamado al Ejército de Salvación a ser un pueblo que ministraría al hombre y a la mujer en su totalidad. Esta visión se ha traducido en programas concretos que hoy día son parte integral de nuestro movimiento.

Los salvacionistas entendemos claramente que el jabón y la sopa no salvan. Ellas, al igual que Juan el Bautista, sólo preparan el camino para que el Señor sea recibido y haga la obra.



(Arriba) William Booth predica en una cárcel de mujeres.



Catherine Booth predica desde el púlpito, ignorando las formalidades de la época.



William Booth dijo que todo hombre y mujer que transitaba por las calles de Londres tenía los mismos derechos legales que la ley proveía para un caballo de tiro: alojamiento y comida. En la foto, salvacionistas recolectan ropa y comida en una carreta de la época, para repartirlas entre los más necesitados.



Una pareja que fue lanzada a la calle recibe asistencia del Ejército de Salvación y una anciana recibe carbón para protegerse del frío del invierno. Para ellos, como para muchos que reciben ayuda de nuestro ministerio, estas acciones son un testimonio que glorifica al Señor.



En la época de la depresión económica de Estados Unidos, nuestro ministerio de distribución y alimentación fue muy apreciado.



En la foto, cuatro salvacionistas llamadas "slum sisters" (hermanas del arrabal) que se dedicaban a visitar las casas pobres en las que hacían labores domésticas cuando había una persona enferma o de edad avanzada.



Esta foto se usó para una campaña de publicidad en Inglaterra solicitando fondos para el ministerio de alojamiento. Cada noche el Ejército provee alojamiento a miles de personas alrededor del mundo. Este servicio consiste en una cama limpia, un lugar seguro, un plato de sopa y una oportunidad de escuchar el Evangelio.



Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí.

Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a tí?

Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis (Mateo 25:34-40).

Somos un pueblo especial

ciudades ejercían sobre su corazón y su mente, renunció al ministerio que le asignara su secta y emprendió el camino que habría de llevarlos hasta las callejuelas de Mile End Road.

Comienza la batalla

Ningún hombre de menos empeño hubiera podido aguantar esos primeros años en el Este de Londres. Mucho tiempo después, recordando aquella época, Catherine contaría cómo llegaba William noche tras noche a la casa, tambaleante y muy fatigado. Con frecuencia traía su indumentaria rasgada y la cabeza envuelta en vendajes sanguinolentos que cubrían la herida causada por una pedrada o un empujón contra el borde de la acera mientras predicaba.

Como le habían negado el acceso los domingos a las capillas, alquilaba un salón de baile y hacía llevar sillas a las cuatro de la mañana, apenas los músicos terminaban de tocar. Las reuniones nocturnas durante los días de trabajo se celebraban en un antiguo depósito donde los granujas arrojaban piedras, lodo y petardos por las altas ventanas. Por un tiempo predicó en un pajar, tan reducido que su sombrero de copa casi tocaba el techo.

Para contar con ayudantes en la Misión Cristiana, que así llamaba Booth a su obra, recurrió a sus hijos. Y fue William Bramwell Booth, el mayor, quien soportó inicialmente lo más duro de la carga. Era un muchacho alto y pálido que se había tornado solitario y retraído debido a una sordera parcial. En la escuela, los chicos lo ridiculizaban llamándolo “el Santo Willie”. En una ocasión algunos de los más truhanes lo aporrearon contra el tronco de un árbol “para sacarle del cuerpo la religiosidad”. Pero desde temprana edad, Bramwell parecía presentir su vocación y, adolescente aún, trabajaba incansablemente desde la mañana hasta la noche llevando las cuentas de lo que él y su padre llamaban “La empresa”.

Poco a poco, la Misión comenzó a crecer. Se fundaron sucursales en otros sectores y con el

tiempo logró atraer un pequeño núcleo de seguidores. Con todo, aquellos años fueron de desconcierto ... pasaron doce sin que se vieran resultados halagadores. La Misión Cristiana carecía de la magia que llama la atención del mundo. Existían ya en el barrio del este más de 500 sociedades que distribuían limosnas entre los pobres. El grupo de Booth no era más que uno de tantos.

Una mañana del mes de mayo de 1878, Booth hizo subir a su alcoba a Bramwell y a George Railton, otro colaborador infatigable de la Misión. Booth, que estaba convaleciendo de la influenza, se paseaba por el cuarto, envuelto en una larga bata amarilla, dando las instrucciones del día. Railton lo escuchaba sin dejar de examinar las pruebas de imprenta del informe anual de la Misión, que estaba a punto de imprimirse. Y leyó en voz alta la declaración preliminar, que era audaz y concisa:

-“La Misión Cristiana es un ejército de voluntarios reclutados entre las multitudes sin Dios y sin esperanza que hay en el mundo”.

Por entonces un grupo de ciudadanos llamados los “voluntarios” habían formado un ejército. La prensa les había tomado el pelo y Bramwell, que tenía 22 años, sintiéndose directamente ofendido por la alusión, exclamó:

-¿Voluntario yo? ¡Nunca! ¡Yo soy soldado de primera línea, o nada!

Booth se paró en seco y durante un buen rato se quedó mirando con ojos inexpresivos a su hijo. Bruscamente tomó la pluma y por un momento la detuvo sobre la frase “ejército de voluntarios”. Luego tachó de un rasgo la palabra “voluntario” y escribió encima “salvación”.

Así, inopinadamente, nació el Ejército de Salvación. Tenía entonces exactamente 88 soldados.

El Ejército se pone en marcha

El nuevo nombre cuadraba muy bien con sus miembros, que en años recientes se habían vuelto cada vez más militantes. Se propaló el espíritu militar: el periódico del Ejército de Salvación se

Somos un pueblo especial

llamó Grito de Guerra; el “soldado” de salvación ya no se arrodillaba para orar, hacía un “ejercicio de rodillas”; una orden de “descarga cerrada” era la señal para entonar en voz alta el “¡Aleluya!”; como el cielo era su última meta, los salvacionistas no morían, eran “ascendidos a la gloria”. Algunos conversos se llamaban a sí mismos “tenientes” o “capitanes” de Booth, y uno de sus fervientes seguidores lo proclamó “general”.

La asociación, sin embargo, seguía aún regida por un comité de 34 individuos, sistema engorroso y antimilitar que frustraba por completo toda iniciativa de un hombre con dotes de mando.

-Si hubiera habido comités en los tiempos de Moisés -tronaba Booth-, los israelitas no hubieran cruzado nunca el Mar Rojo.

El creciente militarismo triunfó por fin en 1878. En la conferencia anual, llamada “Congreso de Guerra”, la Misión abolió el sistema de comités y confirió a Booth el poder absoluto, haciéndolo general de hecho tanto como de nombre.

Muy pronto los métodos del Ejército promovieron comentarios en toda la nación. Booth era el primer predicador que se atrevía a repartir circulares que decían: “Venga, borracho o en su sano juicio”. En realidad, muchos de sus primeros seguidores fueron borrachines y su trabajo con ellos fue el presagio de los métodos que más tarde perfeccionaría la Sociedad de Alcohólicos Anónimos.

El fervor de sus sermones y las vividas imágenes con que transmitía sus ideas parecían hipnotizar a sus oyentes: “Mirad a ese hombre que va río abajo”, ordenaba; “va aguas abajo en un bote y el Niágara lo espera. Ya llega al borde de la catarata ... los rápidos hacen presa del bote ... se va, se va, ¡Dios mío ... cayó en el precipicio ... y no fue capaz de mover un remo! Así es como los hombres se condenan; siguen adelante; no tienen tiempo; no piensan; descuidan la salvación ... y se pierden”.

Cuando lo abandonaba la inspiración acudía a otros medios para ganarse las multitudes. Cierta vez, exasperado con un auditorio distraído e

Aquí comenzó todo



En 1865, William Booth, 26 años, casado con cinco hijos, era un evangelista que predicaba en las cercanías de Londres, la capital de Gran Bretaña.

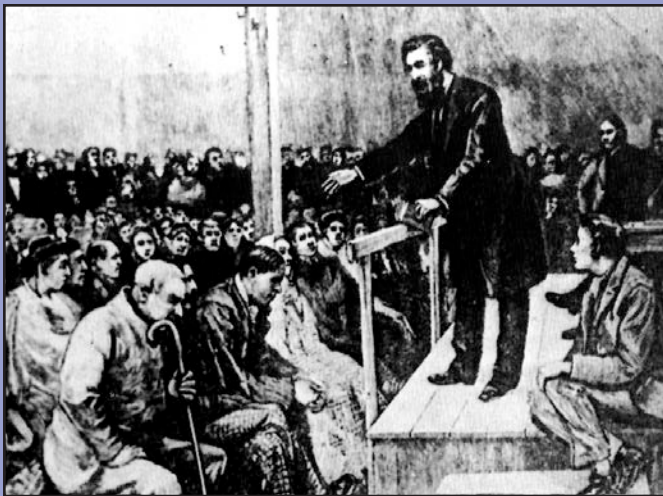
Al mismo tiempo, su esposa Catherine, que recibía invitaciones de diferentes iglesias para predicar, ahora comenzaba a recibir invitaciones de Londres. Fue así como la joven pareja decidió trasladarse a esa ciudad para continuar sus labores evangelísticas.

Londres se dividía drásticamente en un sector pudiente y desahogado y uno totalmente desprovisto de todo lo que se requiere para una vida decente. Fue en este último sector donde Booth se encontró con un grupo que había instalado una carpa en un antiguo cementerio, para predicar el Evangelio. Pronto el grupo se dio cuenta del liderazgo de Booth y lo dejaron predicar. El pequeño movimiento comenzó a llamarse Misión Cristiana del Este de Londres y luego por un período corto, Misión Cristiana, nombre que en 1878 sería cambiado por el de Ejército de Salvación.

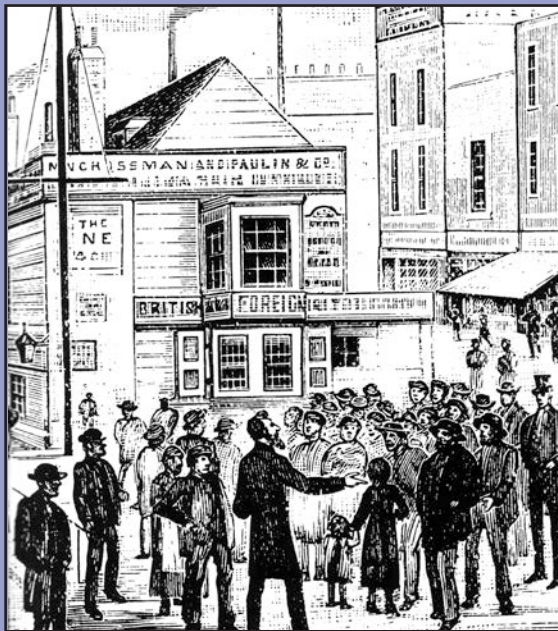


Y dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, el cual confiará en el nombre de Jehová (Sofonías 3:12).

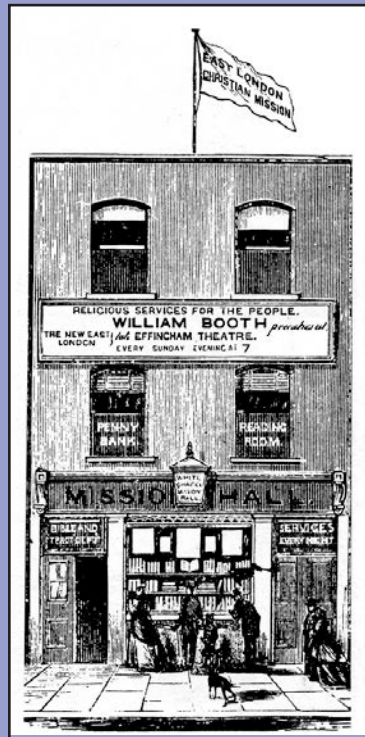
Aquí comenzó todo



William Booth predicaba con palabras simples que llegaban al corazón de una audiencia sencilla y de poca instrucción. Sentía gran fervor por las cosas del Señor, y eso se hacía notar en su manera animada y entusiasta. "Id por almas e id por las peores" era una de sus consignas, y sus seguidores fueron a los peores lugares de los bajos fondos de Londres a buscar lo despreciado por la sociedad, para traerlos a los caminos del Evangelio.



La predicación al aire libre fue un método que los primeros salvacionistas usaron con gran éxito. William Booth procedía de la iglesia metodista, en donde John Wesley había predicado de esta manera. El Comisionado George Railton llamó al aire libre, la catedral del Ejército.



El Señor hizo prosperar la obra de la Misión Cristiana y cada vez tuvieron que trasladarse a lugares más amplios. En la ilustración se ve una antigua taberna que fue adquirida para las oficinas de la Misión



Más tarde en nuestra historia, cuando se usó el bombo, este sirvió como un altar en el que las personas se arrodillaban para hacer acto de fe. Muchos se encontraron con Dios de esta manera.



El padre de familia dijo a su siervo: Ve pronto por las plazas y las calles de la ciudad, y trae acá a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos.

Y dijo el siervo: Señor, se ha hecho como mandaste, y aún hay lugar. Dijo el señor al siervo: Ve por los caminos y por los vallados, y fuerzalos a entrar, para que se llene mi casa (Lucas 14:21-23).

Somos un pueblo especial

indiferente, llamó a un gitano viejo recién convertido para que relatara su conversión. Desde que el hombre comenzó su relación, vacilante e ingenua, se produjo un silencio profundo, Booth comprendió que había acertado y le dijo a Bramwell:

-Voy a tener que quemar todos mis sermones y aprender los del gitano.

Tenía Booth el propósito inicial de distribuir a sus convertidos entre las iglesias establecidas, pero la mayoría se resistía a ello. Los pobres veían las viejas catedrales de piedra como San Paul y la Abadía Westminster, como propiedad privada de la gente acomodada. Muchos sacristanes miraban de soslayo a los fieles que no se presentaban con vestidos domingueros. Y en la congregación de Booth sólo uno de cada 30 usaba corbata. Por eso resolvió no seguir tratando de enviar a sus nuevos conversos a las capillas que los consideraban indeseables. Él mismo los escoltaría por la senda de la redención dentro de su propia clase.

No obstante, al Ejército le faltaba algo, un magnetismo esencial que él mismo no sabía definir. Mas sucedió que vino a encontrar la solución del problema, por una pura casualidad, en la tranquila ciudad episcopal de Salisbury. Incomodado por el mal tratamiento que daban a los salvacionistas los rufianes de la localidad, el constructor Charles Fry ofreció a Booth sus servicios y los de sus tres hijos para protegerlos. El hecho de que Fry tocará la corneta y sus hijos otros instrumentos de viento, fue al principio puramente incidental. Pero se les ocurrió más tarde llevar los instrumentos para acompañar los cantos y así, sin quererlo, nació la primera banda salvacionista.

A Booth le gustó el efecto y pronto se formaron otras bandas. Cada cual escogió el instrumento más de su gusto y, mal que bien, aprendían a tocarlo. Las concertinas y las pandeteras hacían furor. Bramwell aprendió a tocar el acordeón; otros tañían cencerros, soplaban cuernos de caza o arañaban banjos. Todo podía faltarles a aquellos músicos primitivos menos

entusiasmo. Marchaban sin descanso soplando sus cornetas y batiendo sus tambores como poseídos.

Enseguida Fred, el mayor de los hermanos Fry, y Herbert Booth, el tercero de los hijos del evangelista, comenzaron a poner nueva letra a cantos y tonadas populares. El que supiera la melodía de la marsellesa podía aprender rápidamente el “Hijos de Dios, despertad a la gloria”, y así convirtieron en himnos sagrados muchas canciones populares.

Piadosos y atrevidos

Los críticos le echaban en cara a Booth que rebajaba la religión al nivel del café cantante, pero sus músicos combatían al diablo en su propio terreno. El Ejército de Salvación no tardó en tener 400 bandas con un repertorio de 88 piezas de gran éxito.

Fue como si hubiera sonado una clarinada. Hombres y mujeres acudían a enrolarse bajo el estandarte de Booth. Y no era gente que seguiría después por el camino ancho de la vida. Preciso era, si, empezar por convertirse, mas cuando esto sucedía los conversos renunciaban al mundo y abrazaban la cruz de Jesucristo, listos para luchar por Él en todo tiempo y lugar. Todos prestaban juramento de dedicarse a un propósito inquebrantable: la redención de la humanidad. Y si los espíritus superiores hacían burla por su vulgaridad e ignorancia, su misma falta de erudición combinada con su gran sinceridad, les daba cierto toque de sencillez que el público adoraba.

En la primavera de 1880, los prosélitos de Booth comenzaron a vestir uniforme, privilegio que ganaban a fuerza de espartana disciplina. Hoy día, los cadetes del Ejército de Salvación, se gradúan después de un curso de dos años en cualquiera de sus 42 escuelas de cadetes, llevan una vida dura y metódica, pero todo palidece ante los rigores de aquellos primeros tiempos. Aprendían al dedillo la ciencia de la “fregología”... levantándose al rayar el alba a fregar

Somos un pueblo especial

y a restregar los escalones de piedra de sus cuarteles, a dejar brillantes las botas y los cristales de las ventanas. El curso era práctico desde el principio hasta el fin. Aprendían a hacer frente a las sátiras y a los huevos podridos con que podría recibirlos un auditorio adverso en campo abierto y las palabras soeces de un cantinero en su propia taberna. “Os sentencio a todos a trabajos forzados de por vida”, dijo Booth con amarga ironía al despedir a una clase que se graduaba.

Cuando había dinero disponible, se pagaban modestos salarios, pero en el histórico “Congreso de Guerra” que confirió a Booth poderes supremos, el General decretó que todos los gastos del Ejército se atenderían antes que el pago de sueldos. El reglamento era riguroso en verdad pero garantizaba a Booth una unidad de combate capaz de triunfar sobre toda oposición: Un batallón de entusiastas decididos a rescatar almas perdidas en los abismos de la bebida y de los vicios y capaces de hacer sentir su presencia. Booth quería “gente piadosa, atrevida y emprendedora” y eso fue precisamente lo que consiguió.

“Con tal de salvar almas”, confesaba Catherine Booth, “con mucho gusto paso por tonta ante los ojos del mundo”. Los soldados tomaron a pecho ese ejemplo.

El Teniente Theodore Kitching, cuáquero de carácter apacible, había comenzado como maestro de escuela, mas para llamar la atención de las masas entró en Scarborough montado en un pollino enjaezado de rojo; y para vender sus ejemplares del Grito de Guerra consiguió prestada una campanilla y con ella fue repiqueteando por las calles. Otro predicador subía a la improvisada tribuna enfundado en un suéter rojo que tenía por delante el escudo del Ejército de Salvación y por detrás un letrero que decía “El diablo es un mentiroso”. Las chicas del Este de Londres atraían multitudes nunca vistas desfilando, por consejo de Booth, con las camisas de dormir puestas sobre los uniformes.

Hasta el mismo Bramwell, venciendo su cortedad de genio, solía llamar la atención de la gente y formarse un auditorio predicándole a su

El enemigo

Los primeros salvacionistas buscaban la voluntad del Señor, y Él les respondía con bendiciones y crecimiento. Junto con la bendición se cumplieron las advertencias que el Evangelio expone. “En el mundo sufriréis aflicción, pero confiad; yo he vencido al mundo”. Pronto empezó la persecución.

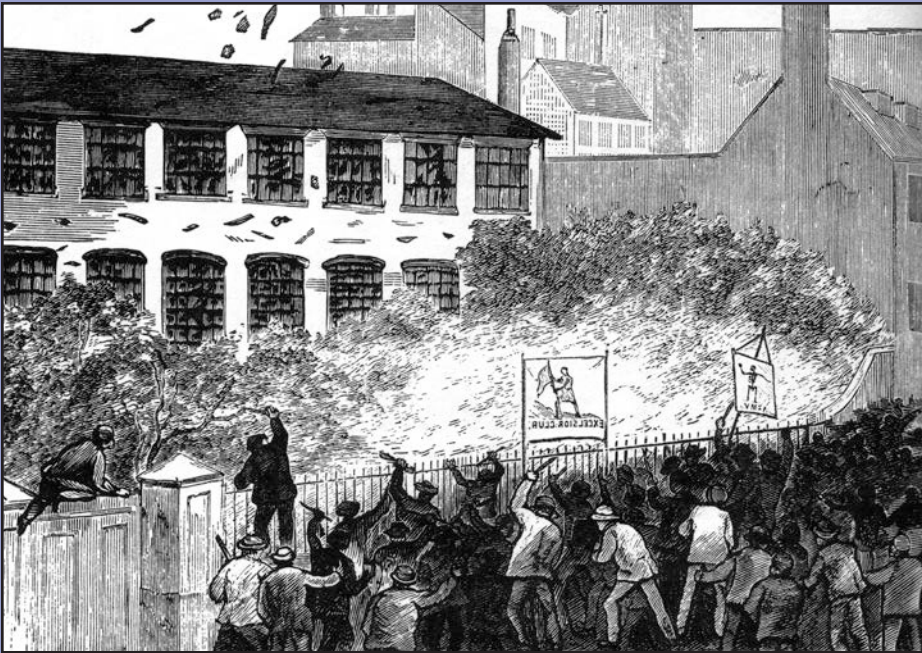


La gente comenzó a oír el Evangelio y respondió. Grandes cantidades comenzaron a sumarse a las filas del Señor. La mayoría de ellos eran hombres y mujeres que antes acostumbraban gastar todo su salario en las numerosas tabernas de la ciudad. Ahora se paraban en las calles y proclamaban que el Evangelio los había separado de la bebida. Los dueños de las tabernas no veían con buenos ojos que sus parroquianos de ayer asistieran a un culto religioso en vez de gastar su dinero en sus negocios. Pronto organizaron una chusma de maleantes con el nombre de “ejército de los esqueletos” que aparecían en las reuniones y atacaban violentamente a los asistentes.



Por lo cual por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (2 Corintios 12:10).

o reacciona

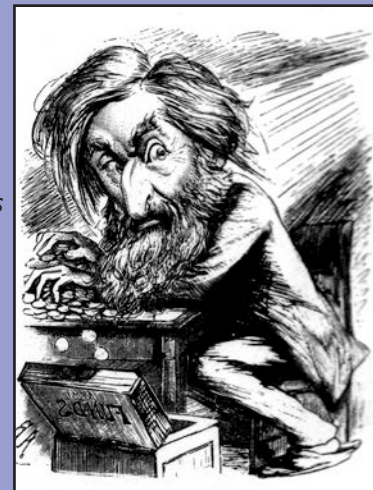


Los ataques se incrementaban con el paso del tiempo. En 1888, el "ejército de los esqueletos" irrumpió en las instalaciones del Cuerpo Worthing en Sussex, ataque que fue muy comentado en la prensa del país.



Los salvacionistas usaban las persecuciones como motivo de regocijo y alabanza. En la foto podemos observar un grupo de 4.000 salvacionistas que espera la llegada del Capitán Anker Deans y el Teniente Ralph Morris, quienes habían pasado 15 días en la cárcel de Aylesburg por tocar el bombo en un área pública. En el inserto, la Capitana Myra Davies y la Teniente Mary Fairhurst de 19 años posan para una foto después de haber estado por siete días en la cárcel de Eckington. ¿Los cargos? Predicar el Evangelio en la calle.

El ataque no solamente venía de los dueños de las tabernas. La sociedad inglesa en general no pudo entender la motivación de unos cristianos bulliciosos que se vestían en uniforme y salían a predicar en forma que les parecía indigna de religiosos. La ilustración muestra una caricatura de William Booth en que se insinúa que no era cuidadoso con el dinero del Ejército; acusación que los años probaron totalmente falsa, cuando la opinión del país se volcó en su favor.



Somos un pueblo especial

sombrero en forma de pantomima, o levantándose de un ataúd conducido por seis hombres para pronunciar las palabras de San Pablo: “¡Oh muerte! ¿Dónde está tu aguijón?”

No eran meros sensacionalistas que hacían alharaca por el gusto de hacerla. Una vez logrado su propósito de reunir con sus tácticas de circo un auditorio, se tornaban en apasionados paladines del Evangelio y de la reconciliación con Dios.

Misiones en la India

El celo misionero de Booth llevó al Ejército de Salvación allende los mares. Se establecieron avanzadas en Estados Unidos, Canadá y Australia. Y Kate, su hija mayor personalmente “abrió el fuego” en Francia, donde la diferencia de cultura y concepto de la vida ofrecían muchos peligros. Ansiosa de lanzar una edición francesa similar al Grito de Guerra, Katy pensó que el amor del Ejército de Salvación hacia los pobres podría muy bien resumirse en el título del periódico llamándolo *Amour*. Mas hubo quien la disuadiera a tiempo. Una chica tan linda como ella voceando “*Amour un sou*” por los bulevares, era algo que podía provocar malas interpretaciones. Apresuradamente se cambió el nombre del periódico por *En Avant*.

Con el tiempo se estableció el Ejército en casi todas las naciones de Europa y el Hemisferio Occidental ... mas, esas tierras eran ya cristianas. La verdadera prueba de su efectividad se hizo en 1882, cuando se resolvió emprender la guerra de salvación entre los musulmanes, los brahmanes y los budistas de la India.

“Recordad que es muy posible que os encontréis absolutamente solos”, reza un memorando que repartió entre los voluntarios que iban a la India. “En las aldeas adonde vais no tendréis muebles. Tendréis que aprender a cocinar como los indios y a lavar la ropa en el río, como ellos. Es preciso dejar para siempre todas vuestras ideas y vuestras costumbres inglesas”.

Booth fue aun más conciso en las instrucciones finales que dio al mayor Frederik Tucker,

jefe de la misión india: “Hay que meterse dentro de su pellejo, Tucker”, le dijo con firmeza.

Mas no fueron los indios los primeros en rechazar a Booth, el gobernador inglés de Bombay se opuso fanáticamente a que los misioneros vivieran como indios. Temía que la confusión de casta entorpeciera la dominación británica y juró hostilizar a Tucker hasta que abandonara la ciudad.

Se prohibieron las procesiones y las reuniones públicas y cuando Tucker desobedeció la orden fue arrestado. Durante cinco meses hubo un estado de guerra civil entre el gobierno y los salvacionistas. Finalmente intervino el departamento encargado de los asuntos de la India en Londres y ordenó suspender la persecución.

Para los soldados de Tucker, que pronto recibieron refuerzos de Londres, cualquier sacrificio era aceptable con tal de salvar almas. “¡Aleluya!”, escribía a su casa un recién llegado. “No me he acostado en una cama desde que llegue aquí. He dormido a campo raso. Se me han hinchado y ulcerado los pies en las primeras semanas de trabajo, pero todo eso se compensa con sólo ver los rostros alegres de los convertidos”.

Vestían túnicas color de azafrán al estilo indio, en señal de renuncia, y usaban sandalias. Para llegar hasta los tamiles del sur se afeitaban las cabezas dejándose en la coronilla un mechón que trenzaban en forma de coleta; en la frente se pintaban la marca de casta del Ejército de Salvación con rojo, amarillo y azul. Cuando trabajaban entre los “intocables” se volvían intocables entre ellos mismos, sometiéndose voluntariamente al oprobio y al ostracismo. Conquistaban y triunfaban con el solo ejemplo cristiano. Como caso típico puede citarse el de Elizabeth Geikie, hermosa chica de ojos azules, natural de Dundee. A su choza diminuta en medio de la selva, cuyo único recuerdo de la patria eran unas láminas recortadas del Grito de Guerra y pegadas en las paredes de barro, los aldeanos llevaron a un hombre medio enloquecido de dolor. Elizabeth se agachó y vio que se le había clavado una enorme espina en la planta

Somos un pueblo especial

del pie, solamente asomaba la punta. Ella no tenía instrumentos de cirugía, pero sí una dentadura muy fuerte. Se arrodilló y con los dientes extrajo la espina de un tirón. Al día siguiente aquel hombre y su esposa se hicieron salvacionistas. Aunque nunca llegaron a comprender los sermones de Elizabeth, entendieron en cambio lo que significaba el hecho de que una mujer blanca, para curar una herida pusiera sus labios, la parte más sagrada del cuerpo, sobre un pie la más innoble.

Este trabajo inicial le sirvió de base para conseguir un triunfo sensacional más adelante. La noche en que iba a celebrarse la fiesta anual de Ganes, la deidad de cabeza de elefante, Elizabeth se ocultó atrevidamente en el templo. Desde su escondite oía el batir de los tantanes y la algarabía del villorrio; a poco llegó al claro del bosque alumbrado por la luna una multitud bulliciosa de hombres y mujeres cargados de ofrendas. Todos se quedaron asombrados al verla sentada en la cúpula del altar. Vestía un llamativo sarí color salmón y tenía los brazos extendidos.

— -Ahora ya sois seguidores del Dios vivo, les increpó, poneos de rodillas, porque vamos a orar. Entre la multitud había muchos a quienes atendió durante la epidemia de cólera o en los partos; muchos infelices a quienes proporcionó alimento y consuelo; gente que no la había visto buscar otra cosa que el bienestar de ellos mismos... Pusieron, pues, las ofrendas a un lado y se arrodillaron a orar. Fueron los primeros de muchos que hicieron eso en aquel sitio, donde todavía existe un edificio del Ejército de Salvación.

¿Por qué razón aceptan de buen grado los salvacionistas el peligro, la pobreza y la degradación? Cuando le preguntaron esto a Booth, él respondió:

-No puedo impedirselo. Lo hace de todos modos.

Fruto de esa dedicación son los siete hospitales y los 1.090 Cuerpos que hoy dirige el Ejército de Salvación en India, además de otros

centros de ayuda.

Dolores del crecimiento

Con el buen éxito y su creciente influencia se granjeó el Ejército encarnizados enemigos. Los taberneros y dueños de lupanares fueron los más resentidos por la brecha que Booth estaba abriendo, con menoscabo de sus ganancias, y a mediados de la década de 1880 tomaron parte en el contraataque que se desató entonces.

En toda Inglaterra, los soldados del Ejército de Salvación sufrían violentos ataques por parte de la plebe. Los rufianes arrojaban brea y azufre hirviendo sobre las tropas en marcha. En Whitechapel, un grupo de muchachas fueron atadas unas con otras y apedreadas luego con carbones encendidos. En Hucknall le dieron a un cadete una paliza tan salvaje que estuvo inconsciente durante tres días. En Plymouth, 40 malhechores armados de orinales repletos asaltaron el edificio del Ejército e hicieron de las suyas. Una y otra vez se suspendían las reuniones en medio de la mayor confusión.

Temiendo por la seguridad de sus adeptos y especialmente por el peligro a que se exponían las mujeres, Booth les aconsejó al principio que procedieran con cautela. Todas las reuniones debían celebrarse dentro de un edificio, dejando la calle para los rufianes. Mas las tradiciones del Ejército no estaban arraigadas en la prudencia, el deseo de predicar el evangelio en las calles era irresistible. “Si el demonio no nos ataca, tendremos que atacarlo nosotros”, declaró la Capitana Ada Smith, la más pequeña de las graduadas de la Escuela de Cadetes.

Triunfaron sus fogosas palabras y Booth vino en que afrontara la oposición de frente. Eso dio lugar a interminables y angustiosas luchas, pero a la postre, después de muchos meses la fuerza de la opinión pública obligó a la policía a prestar protección al Ejército, y cuando esto ocurrió la oposición despiadada fue desapareciendo.

Tales contratiempos, y otros apremios de un



La Generala Eva Booth (izquierda), hija del Fundador, fue una predicadora de gran poder que además poseía dotes administrativos y amor por las almas. La Generala Eva Burrows (derecha) se desempeñó en el cargo desde 1986 hasta 1993.

“Mis mejores

Dios nos llamó a ser un pueblo que acepta y agradece el aporte de la mujer en Sus filas. Dios ha bendecido el trabajo y el ministerio de nuestras hermanas salvacionistas. La mayor parte de la persecución que experimentamos en el principio de nuestro ministerio fue producto del realce que le dimos a la mujer en labores ministeriales que hasta el momento habían sido consideradas como territorio exclusivo de los hombres. El Señor nos dio y nos sigue dando múltiples pruebas de que Él se place en el servicio y liderazgo de nuestras hermanas.

En el transcurso de nuestra historia, dos mujeres han sido nombradas como líderes máximos de nuestro Movimiento (Generalas).



Un término que llegó a ser muy conocido fue “slum sisters” (hermanas del arrabal). Ellas se adentraban en los barrios más pobres de la ciudad e iban de casa en casa, ofreciendo sus servicios y su ministerio evangelizador.



Desde el principio, nuestro movimiento tuvo la influencia femenina en la persona de Catherine Booth, una mujer tímida, humilde, pero de muchos talentos. Además de criar seis hijos (cinco de los cuales fueron predicadores) dejó un legado literario que todavía es de bendición al que lo quiere leer.

s hombres son mujeres" **William Booth**



Una de las primeras bandas musicales, compuesta sólo de mujeres.



La Mayora Emma Westbrook desarrolló una larga carrera en este país. Fue siempre querida por haber sido una de las "siete muchachas aleluyas". Este nombre se le dio a las siete salvacionistas que acompañaron al Comisionado Railton cuando "invadió" Estados Unidos.



En las famosas trincheras de la Primera Guerra Mundial.



Las mujeres no sólo han prestado un servicio excelente en el púlpito; también lo han hecho en el trabajo práctico y las labores que llevan el mensaje del amor de Dios. Las ilustraciones muestran a nuestras hermanas salvacionistas que durante la Primera Guerra Mundial sirvieron a las tropas aliadas con mucha dedicación. Se llegaron a conocer como las "Doughnut Girls", que se podría traducir "las niñas de las donas", porque gratuitamente ofrecían café y esta clase de bizcocho a los soldados. Al final de la guerra fuimos reconocidos por los gobiernos aliados por la gran ayuda que estas hermanas brindaron a riesgo de sus vidas en el campo de batalla llevando apoyo espiritual y ayuda práctica. Se les podía ver en los hospitales militares recibiendo dictado de los soldados demasiado heridos para escribir a casa.

Por la dignidad humana



Una familia, niños incluidos, trabaja para la industria del fósforo, en la privacidad del hogar.

Muchas familias de la Inglaterra del siglo XIX subsistían empaquetando fósforos en sus hogares. Hacían eso a pesar de que los fósforos contenían un componente que desfiguraba las mandíbulas horriblemente. La industria de fósforos no se había preocupado por la salud de los obreros. El Ejército de Salvación entró en batalla con ellos, proclamando que no era justo en un país cristiano despreocuparse por una persona para beneficio económico de unos pocos. Los primeros salvacionistas averiguaron que existía una manera no dañina de elaborar este producto. Instalaron una fábrica y comenzaron a producir fósforos sin menoscabar la salud de los obreros hasta que la industria cambió sus métodos; cuando eso ocurrió, los salvacionistas cerraron la fábrica.



Una caja de fósforos hecha en la fábrica del Ejército sin el componente perjudicial.



Defended al débil y al huérfano: Haced justicia al afligido y al menesteroso (Salmos 82:3).

Somos un pueblo especial

organismo creciente, fueron minando la salud de Booth. Rara vez estaba libre de las molestias de la dispepsia y sus ayudantes lo encontraban irritable y aun de mal genio. Desayunaba sobriamente: un huevo cocido, una tostada y una taza de té sin azúcar, y solía gritar en tono fulminante que le gustaba su té, lo mismo que la religión: ¡bien caliente; Comía de prisa y con el estómago siempre adolorido.

Catherine era su consuelo. Al volver a casa, excesivamente cansado le tomaba la mano al entrar y le decía: “Kate, oremos juntos”, después de una breve oración se levantaba armado de nuevos bríos.

Theodore Kitching, el cuáquero ex-maestro de escuela, recordaría siempre una tarde en que tomaba el té en compañía de Catherine, mientras ella placidamente zurcía los calcetines del General. De pronto sintieron un coche que se detuvo en la calle, y Catherine se incorporó de un salto y corrió presurosa a la puerta.

-¡Oh, William -le oyó decir Kitching-, que alegría siento al verte!

Él se sentó a su lado, ella le pasó las pantuflas de lana tejidas con sus propias manos y lo colmó de tiernas caricias. Profundamente conmovido, Kitching se alejó de puntillas; estos amantes tenían ya 55 años y muy pronto iban a cumplir el trigésimo aniversario de sus bodas.

Ambos hallaban consuelo en sus hijos, que también habían entregado sus vidas a Dios. Él nunca dejaba de emocionarse al verlos reunidos en la cocina después de una reunión vespertina, hablando con entusiasmo de nuevas conversiones y nuevos reclutas. Bramwell, que tenía 28 años, seguía siendo el Jefe de Estado Mayor de su padre; los otros tenían también puestos de importancia. Kate y Herbert trabajaban en Francia, Emma se disponía a viajar a la India, Ballington dirigía la Escuela de Cadetes para hombres, y Evangeline, con su fulgurante melena roja y su oratoria más fulgurante aun, prometía grandes cosas. Lucy, nacida tres años después de que Booth comenzara su cruzada en el Este de Londres, la menor y la octava de la prole tenía ya

Somos un pueblo especial



Un mal repugnante



William Stead, director del periódico Gazette, fue un cristiano que cooperó ampliamente con los esfuerzos del Ejército. En el transcurso de su investigación, y para probar la repugnancia del mal, él y Bramwell Booth, "ordenaron los servicios" de una muchacha de 13

años quien prontamente fue puesta en un lugar de cuidado del Ejército. Con esto, quedó ampliamente demostrado frente a un público incrédulo que en la "civilizada" Inglaterra, existía el tráfico de blancas. Aprovechándose de este incidente, los numerosos enemigos de Stead hicieron que se le condenara por violar la misma ley que con tanto esfuerzo habían hecho implantar. Cada año en el cumpleaños de su condena, se vestía orgulloso con el uniforme de prisionero, con el cual se le ve en la foto.



Los esfuerzos de los primeros salvacionistas ayudados por William Stead, culminaron con la presentación de 393.000 firmas al gobierno de Inglaterra pidiéndole que la edad de consentimiento para una mujer subiera desde 13 a 16 años. En la ilustración se observa el momento en el que los salvacionistas entran con el inmenso rollo de firmas a la Cámara de los Comunes.



Vosotros sois la sal de la tierra (Mateo 5:13).

Somos un pueblo especial

16 años y en esa década saldría para la India. Solamente Mariam, de 20, era demasiado delicada de salud para tomar parte activa en la batalla de la salvación.

En 1884, el Ejército se componía de 900 Cuerpos, de los cuales más de 260 funcionaban allende los mares. De los 500 oficiales que había en el extranjero sólo 90 procedían de Gran Bretaña; los restantes se habían reclutado en sus países nativos. El Cuartel general se hallaba en una casa de seis pisos, antiguo salón de billares de la calle Queen Victoria, donde un ajetreado personal de 80 empleados despachaba cerca de dos mil comunicaciones diarias. El Ejército de Salvación era ya un movimiento que manejaba un presupuesto de 30.000 libras esterlinas anualmente.

Otros clérigos comenzaban ya a hacer la corte a Booth. Había gente, confesaba el arzobispo de New York, que la iglesia de Inglaterra no era capaz de atraer. Al practicar un reconocimiento nocturno un día de trabajo en Londres se averiguó que a los Cuerpos del Ejército concurrían 17.000 devotos mientras que a las iglesias regulares sólo asistían 11.000. El Arzobispo hasta llegó a proponer la incorporación del Ejército de Salvación a la iglesia de Inglaterra. Pero Booth no quiso ni siquiera oír hablar de eso, pues no estaba dispuesto a ceder ni un ápice de su férreo dominio. El Ejército se había extendido sobre el globo terráqueo precisamente porque era móvil, porque se concentraba en un solo propósito y porque despreciaba los convencionalismos. -Como bien lo ven -explicaba Booth-, nosotros no tenemos reputación que perder.

“Un mal repugnante”

Ninguna batalla de las que libró el Ejército fue tan dramática como su lucha para redimir a las prostitutas de Gran Bretaña y acabar con la inno-ble trata de muchachas menores de 20 años. Desde 1881, Booth había mantenido en Londres un refugio para mujeres de la calle que buscaban cambiar de vida, y en un período de tres años

Somos un pueblo especial

unas 800 muchachas habían pasado por él. No obstante, esto por sí solo era casi nada para contrarrestar el enorme tráfico de esclavas blancas.

Más tarde, en la primavera de 1885, Annie Swan, una joven de 17 años, llamó a las puertas del centro. Vestía un traje de subido color escarlata, símbolo de su degradante profesión, llevaba en su mano un libro de himnos del Ejército de Salvación, y pidió ver al General.

Bramwell, como lugarteniente de su padre, fue quien escuchó su historia. Annie era una chica pueblerina que había ido a Londres desde Sussex para trabajar en el servicio doméstico... y había caído en una trampa ingeniosamente puesta. El servicio no exigía toca ni delantal, sino traje rojo de seda, y la “casa” era un burdel cuyos residentes eran otras chicas cautivas, de su edad poco más o menos.

Después de comprobar la veracidad de la historia, Bramwell resolvió buscar un aliado de influencia y lo halló en William Stead, director de la Gazette. Stead se mostró incrédulo hasta que oyó contar a otras tres macilentas pupilas, todas menores de 16 años, las angustias y remordimientos de sus vidas. Eso fue suficiente. Al punto formó una comisión secreta que inició una intensiva investigación sobre la trata de blancas. De cien casos consecutivos investigados, la tercera parte resultaron ser chicas menores de 16 años que habían sido inducidas con engaños a la prostitución. Se supo también que solamente en Inglaterra había 80.000 prostitutas y que el negocio producía ocho millones de libras esterlinas al año.

Se descubrió que gran parte de las utilidades se obtenían con las “doncellas novatas”, como se las llamaba en el argot del negocio. El cebo más común para atraerlas era el mismo con que había caído Annie Swan: Anuncios en los periódicos solicitando muchachas campesinas para el servicio doméstico en Londres. Pero cualquiera que fuese el ardid, la suerte de la chica era siempre la misma: la narcotizaban, la violaban y la tenían presa en el lupanar hasta que cumpliera con los deseos de la dueña.

De acuerdo con la ley, las jóvenes mayores de 13 años, edad de consentimiento, no tenían recurso jurídico. Pero con menores aún se hacía negocio, porque sin un auto de habeas corpus, la policía no podía entrar a un burdel a buscarlas y esos autos eran difíciles de obtener. Miles de chicas se despachaban como ganado a las casas reglamentadas por el Estado que existían en Bruselas y Amberes. A las más recalcitrantes las narcotizaban y las empacaban en cajas de madera a las que abrían respiraderos para que entrara el aire. ¡Cuántas veces la víctima despertó en medio del viaje para encontrarse con el indecible horror de sentirse enterrada en vida!

La investigación de Stead duró seis semanas. El 6 de julio de 1885 apareció su primer artículo. La edición se agotó inmediatamente y cada número del periódico ya leído se vendía en media corona. George Bernard Shaw, uno de los críticos del diario llevó personalmente un fajo de Gazettes a un kiosco y las vendió todas. La reacción fue violenta; mucha gente creía que Stead no era más que un pornógrafo y, en respuesta al clamor del público, el Ministerio del Interior ordenó que suspendiera las publicaciones.

Stead no lo hizo; mas al tercer día de la serie el éxito de su cruzada se vio en peligro. Un enorme gentío se agolpó a la puerta de la Gazette; no eran hombres sedientos de justicia sino una chusma reclutada por los tratantes de blancas, que quería entrar a saquear el edificio. Llovieron sobre él piedras y trozos de ladrillo y las polvorientas vidrieras quedaron hechas añicos antes que la policía pudiera dispersar a los amotinados.

Stead creía que la situación era desesperada. Esa misma tarde se había presentado una moción en la Cámara de los Comunes para continuar el debate de la ley que debía elevar la edad legal del consentimiento. Era preciso que la tercera entrega de sus publicaciones llegara a manos del público. “Enviaré un mensaje al General Booth”, pensó. “Él es el único capaz de ayudarnos”.

El mensajero llegó rápidamente a la calle de

Cuando el diablo perdió su isla



Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (San Mateo 5:16).

En el pequeño país de Guyana en Sudamérica, Francia mantenía una colonia penal que hacía temblar a cualquiera que hubiese sido sentenciado a aquel lugar. Se conocía como la "Isla del diablo". Era el medio por el cual Francia se deshacía de sus criminales más feroces. La disciplina era terrible y si alguien recibía una condena de cinco años, podía esperar con seguridad que al cabo de este tiempo, debía pasar otros cinco años más como "liberto". Un "liberto" era un prisionero que había cumplido su condena, pero que ahora, fuera de la cárcel, debía permanecer en la isla por un tiempo igual al de su condena. Su situación era peor, porque ahora no tenía alimento ni techo donde cobijarse.

El Ejército de Salvación mandó al joven Capitán Charles Pean para que hiciera algo. Pean invirtió los primeros cinco meses de su estadía en investigar el sistema a cabalidad. Cuando volvió a París, tenía un reporte completo para presentarle al gobierno. La Segunda Guerra Mundial paralizó todo, y no fue hasta 1947 que Pean pudo reanudar sus esfuerzos. De vuelta en la isla, comenzó a organizar albergues en los cuales los "libertos" podían pasar la noche.

Abrió fuentes de trabajo para hacer que los prisioneros pudieran ganarse el pasaje de vuelta a Francia con la labor de sus manos. Todo eso mientras mantenía la presión frente al gobierno de Francia y de la opinión pública para que el penal fuera eliminado por completo. Por fin el éxito coronó sus esfuerzos. En los primeros días de 1946, Pean fue invitado por el gobierno de Francia a la ceremonia oficial con la cual el penal se cerraba.



Charles Pean llegó a ser un líder en las filas del Ejército de Salvación y con el grado de Comisionado sirvió como jefe territorial en su país.



El lugar era penoso y plagado de malaria. Los "libertos" andaban por la isla en una desesperada carrera por conseguir alimentos.



En la foto, el entonces Capitán Pean posa delante del edificio donde se predicaba el Evangelio y se daba alojamiento a los "libertos".



Pean trabajó duramente para ganarse la confianza de los residentes de Guyana. Le fue necesario trabajar con lo que tenía, y en sus notas comenta que hubo un tiempo en el que debió encargar las finanzas a un nuevo convertido que había sido condenado por malversación de fondos. Sus propios hijos tuvo que dejarlos al cuidado de un nuevo convertido que había sido condenado por abuso sexual. Gracias a Dios, todo salió bien.

Somos un pueblo especial

Queen Victoria y sin obstáculo alguno hasta la presencia del General. Booth lo escuchó en silencio, dio media vuelta en su silla giratoria y luego dijo: “Dígale al señor Stead que haremos todo lo humanamente posible para ayudarlo”.

Y de su puño y letra escribió: “¡Siga adelante, todo golpe cuenta. Hay multitud de gente horrorizada que implora con ahínco esa ley. Esta vez conseguiremos que los legisladores reparen en la repugnante enfermedad”.

En toda Inglaterra trabajó el Ejército de Booth por mantener ardiente la indignación del público; el General en persona capitaneó manifestaciones populares en varias ciudades. En 17 días de continuo afán el Ejército de Salvación recogió 393.000 firmas en una petición para elevar la edad legal del consentimiento ... era un enorme rollo de papel que al desenvolverse medía casi cuatro kilómetros de largo. Lo presentaron al Parlamento a fines de julio y, en cosa de pocos días, fue nombrada una comisión que, después de estudiar cuidadosamente las denuncias de Stead, informó que eran “sustancialmente ciertas”.

El gobierno no podía hacer más que actuar. La ley que elevaba la edad del consentimiento a los 16 años y autorizaba a la policía a registrar los burdeles sospechosos obtuvo una mayoría abrumadora.

“Demos gracias a Dios”, escribió Booth en el Grito de Guerra por el éxito con que Él ha coronado el primer esfuerzo del Ejército de Salvación para mejorar las leyes del país”.

En verdad, el prestigio del Ejército de Salvación se remontó a las más altas cumbres. Uno de sus antiguos benefactores puso en las manos de Catherine Booth 2.000 libras esterlinas para el rescate de muchachas descarriadas. En el espacio de cinco años Booth tenía 13 casas que albergaban 300 jóvenes, solamente en el Reino Unido, y 17 más en el extranjero ... precursoras de los 119 albergues donde a mediados del siglo XX se acogerían 4.000 muchachas anualmente.

En medio de la vida...

Una noche de invierno de 1887, el general Booth abrió un nuevo cuartel en Kent y no salió para su casa hasta después de las doce. Al pasar traqueteando su coche de alquiler sobre el puente de Londres, que cruza el Támesis, vio algo que lo llenó de congoja. Centenares de hombres, sin casa ni hogar, acurrucados en las concavidades del puente se protegían del viento y del frío tan sólo con sus andrajosos vestidos y



hojas de periódicos. Aquel espectáculo lo perturbó y, cuando Bramwell se le presentó la mañana siguiente, el General le preguntó:

-¿Sabías tú que hay hombres que pasan la noche en los puentes?

Aunque a Bramwell no le caía eso de sorpresa, se sintió herido en el cargo velado que le hacía su padre de que sabiéndolo no le pusiera remedio. Después de todo, dijo, el Ejército de Salvación no podía remediar todos los males sociales.

Con un movimiento brusco de la mano, Booth desdeñó tal argumento y dio una orden que iba a cambiar el rumbo de la institución.

-Anda y haz algo -le dijo-. Toma un almacén de depósito desocupado y ponle calefacción. Busca algo con qué abrigoarlos. ¡Pero, escucha Bramwell, nada de juegos, esto va en serio!

Por los informes de sus lugartenientes diseminados por todas partes se supo que la escena del puente de Londres no era un caso aislado.

Somos un pueblo especial

Había casi tres millones de personas en Gran Bretaña que arrastraban una vida de extrema indigencia y para ellos pedía Booth el “privilegio de los caballos de coche”, el mismo derecho que gozaba cualquier animal de carga londinense de tener comida, abrigo y trabajo.

El almacén de depósito que consiguió Bramwell para los desheredados no fue más que el paso inicial. En 1888, estableció el Ejército su primer restaurante de comida barata. No era una de esas cocinas de caridad que reparten sopa aguada, de las que Booth desconfiaba, sino un comedor en donde se vendían los alimentos a precios increíblemente bajos: Pastelillos de carne y patatas por tres peniques, un pastel de dulce por medio penique. También se ofrecía alojamiento. Con cuatro peniques se conseguía jabón, toallas, comodidades higiénicas y cama en un dormitorio con calefacción.

Esos primeros esfuerzos, que embargaban cada vez más el tiempo de Booth, se hicieron en circunstancias penosísimas. A principios de 1888, cuando apenas comenzaban las actividades de asistencia social, se descubrió que Catherine tenía cáncer. Fue sometida a una operación quirúrgica, pero el progreso de la enfermedad no pudo contenerse.

Booth, a quien afectaba profundamente el sufrimiento de la humanidad, sentía los dolores de Catherine como si fueran propios. Sin embargo, ninguna inquietud personal era capaz de hacerle olvidar los problemas de los demás. Y así, para que toda Inglaterra conociera las espantosas condiciones de los barrios bajos, se ocupaba en preparar una revelación basada en sus propias notas y en los informes de sus subalternos. Con frecuencia, al salir del cuarto de Catherine se sentía completamente abatido pero, de un modo o de otro, lograba siempre reanudar sus labores. Día y noche escribía y corregía, interrumpiendo el trabajo solamente para dirigir a Dios una súplica por la salud de su bien amada esposa.

Catherine solía quejarse tristemente de que se estaba muriendo en una casa que era como una “estación de ferrocarril”, pero ella sabía más que

nadie que no era posible eludir el trabajo de la salvación. A todas horas entraban y salían funcionarios: los mensajeros golpeaban a la puerta llevando telegramas urgentes y su misma alcoba se convirtió en salón de sesiones donde se discutían y tomaban forma los planes de acción del Ejército.

Sus sufrimientos se prolongaron aún por dos años, pero su fe continuó inamovible. “No os preocupéis de la muerte”, escribía a sus amigos. “Procurad vivir bien, y la muerte será buena”. Su única inquietud, le confesó a William, era la de “no poder estar contigo para asistirte en tus últimos momentos”.

El 2 de octubre de 1890 comenzó el final. William se sentó a su lado, le tomó las manos y sintió que ella se quitaba del dedo el anillo matrimonial de oro y lo deslizaba en uno de los suyos.

-Con esta prenda se unieron para siempre nuestras vidas -le dijo- y con ella nos unimos en la eternidad.

Booth asintió silenciosamente. No amaría a ninguna otra mujer de este lado del paraíso.

Dos días después Catherine moría en sus brazos, con su nombre en los labios. En los funerales flotaron blancos gallardetes en las astas de las banderas y los soldados lucieron al brazo cintas blancas en señal de duelo; porque en el Ejército de Salvación no se lleva el luto de negro. Catherine estaba en el cielo y el blanco era señal de regocijo, símbolo de su Promoción a la Gloria.

En la Oscura Inglaterra

Poco después de la muerte de Catherine publicó Booth un volumen sobre los barrios bajos ingleses al que llamó *En la Oscura Inglaterra*, remedo irónico del título del reciente y famoso libro del explorador Henry Morton Stanley: *En la oscura Africa*. La obra, que fue editada por William Stead, su antiguo aliado en la guerra contra la trata de blancas, proponía el plan de aplicar la ética cristiana a la civilización industrial. Por primera vez la gente que había tenido

Somos un pueblo especial

a Booth sencillamente como un evangelista excéntrico, se enteraba de su obra en los barrios bajos, de sus tiendas de comestibles, de sus asilos, y supieron que tales cosas eran apenas los primeros elementos de un amplio programa.

Como los obreros y las empresas carecían de un campo común, Booth abrió la primera “oficina de trabajo” en el Reino Unido, la cual con el tiempo iba a proporcionar empleo a incontable número de desocupados. Al enterarse de que una 9.000 personas se perdían anualmente en Londres, fundó la agencia para buscar personas extraviadas con sus diez mil funcionarios como posibles investigadores. Soñaba con una gran colonia campestre en donde los holgazanes depravados pudieran regenerarse con el trabajo honrado en un medio placentero. Quería fundar un banco para los pobres; prestaba ayuda legal a los destituidos; y columbraba un proyecto de emigración para fundar allende los mares una nueva colonia poblada por familias que quisieran empezar una vida nueva.

Para llevar adelante su obra solicitaba un fondo de 10.000 libras al año para sostener el programa.

Su atrevida concepción lo hacía el hombre más polémico de Gran Bretaña. En el término de un mes se vendieron 90.000 ejemplares de su libro y al cabo de un año 200.000. Hervía la marmita de la controversia.

Los críticos se burlaban de su plan calificándolo de “utopía pueril e irrealizable”. Argüían que hasta entonces nadie había sido capaz de transformar a un vagabundo en hombre útil a la sociedad. Según ellos, Booth hacía caso omiso de la fluctuación de los negocios, estorbaba el libre desarrollo de la clase obrera, mutilaba los derechos individuales e introducía el socialismo. No se contentaban sus detractores con criticar el libro: de él personalmente decían que era “un charlatán, un pícaro piadoso, un santurrón sensual y deshonesto”.

Bramwell se enfurecía con esos ataques personales, pero su padre los despreciaba. “Dentro de cinco años”, solía decir, “no tendrá impor-

tancia el modo como esa gente nos trató. En cambio será de suma importancia la manera como llevamos a cabo la obra de Dios”. Nunca pensó que su programa era la única solución del problema, pero había que empezar a resolverlo en alguna forma.

“Cuando se venga abajo el cielo”, contestaba a sus críticos, “indudablemente atraparemos golondrinas. Pero, ¿qué haremos mientras tanto?”

En toda la década del noventa fue preciso buscar trabajo para los desocupados, y el Ejército, con el fin de crear empleos, se aventuró en empresas comerciales. Booth exploró muchos campos: manufactura de ladrillos, distribución de periódicos, una fábrica de muebles.

Cuando había abusos contra los trabajadores, Booth los combatía. Supo por ejemplo, que muchos fabricantes de fósforos trataban a sus empleados como esclavos. Conoció el Ejército de Salvación un caso en que una madre trabajaba con sus dos hijos, menores de nueve años, 16 horas al día para llevar a casa algo más de dos chelines. Como no les daban tiempo para comer, engullían un pedazo de pan sin dejar el trabajo.

Peor aún, la mayoría de los fabricantes usaban fósforo amarillo para hacer las cabezas de las cerillas. Tan tóxicos eran los gases de este producto químico que el Ejército encontró muchas mujeres sufriendo de terribles dolores de muelas. Ellas no sabían que el fósforo atacaba las mandíbulas. Primero se les ponía verde todo un lado de la cara, luego negro y enseguida venía la supuración. Era el fosforismo de la mandíbula que producía necrosis del hueso y esto la muerte.

Para combatir esos males el Ejército de Salvación abrió su propia fábrica de cerillas en un local claro y bien ventilado donde se usaba un fósforo rojo inofensivo y donde se llegó a producir seis millones de cajas anualmente. Al cabo de una campaña de diez años la industria de cerillas se vio forzada a suspender el uso de fósforo amarillo y el Ejército cerró su fábrica, después de haber cumplido su misión.

Una familia usada por Dios

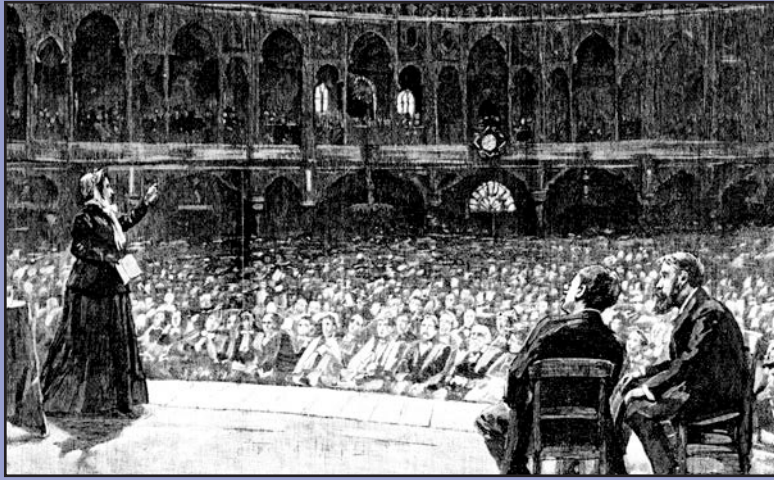
Dios se mueve a veces a través de una familia. Tenemos el ejemplo de Abraham, Isaac, Jacob y Esaú. Aunque estaban muy lejos de ser perfectos, ni mucho menos santos, Dios los usó para la obra que Él quería hacer en Israel; tanto es así que la historia de Israel en sus comienzos es la historia de la familia de Abraham. Dios levantó el Ejército de Salvación a través de la familia Booth, sus hijos llevaron la obra a Europa, Asia, India y Estados Unidos y su esposa Catherine tuvo gran influencia en la organización y la forma que el mismo tomó. De los siete hijos que William y Catherine tuvieron, todos se plegaron a las filas del Ejército como oficiales. Marianne fue la única que permaneció en casa porque sufría de retardación mental. Algunos de ellos poseían la mente independiente del padre y terminaron abriendo sus propias brechas. Uno de ellos (Ballington), formó una organización similar al Ejército que todavía existe en Estados Unidos, con el nombre de los Voluntarios de América. Todos fueron predicadores del Evangelio.



La familia Booth en 1862. De izquierda a derecha: Catherine, William, Emma, Bramwell, su esposa Catherine, Herbert y Ballington.



Bramwell, el hijo mayor, era fiel y dedicado y se convirtió en el asistente de su padre. Carecía del carisma de este pero era dueño de una mente organizadora, y ocupó un lugar importante, cuando llegó el tiempo de solidificar y plasmar una organización que había surgido de la nada en cortos años. Estuvo en las trincheras desde los primeros días, mientras sus hermanos todavía jugaban con muñecas. Fue a él a quien William llamó para que hiciera algo por la gente que vivía bajo los puentes de Londres. A la muerte de su padre se convirtió en el segundo General. Bramwell padecía de problemas de sordera desde pequeño. En la foto se le ve con un audífono de la época.



decir unas palabras". Desde ese día, las palabras de Catherine Booth han influenciado y moldeado a numerosas personas. Sus libros aún circulan y algunos están traducidos al español.

Catherine, esposa del Fundador, Madre del Ejército de Salvación. Cada día su influencia se reconoce con mayor intensidad. Niña pródiga, se dice que había leído la Biblia de tapa a tapa tres veces antes de cumplir los doce años. Sus lecturas eran amplias, su espiritualidad era profunda. A los 13 años observó un grupo de niños que se burlaban de un ebrio que caminaba torpemente por la calle. Catherine se acercó al hombre y caminó al lado de él como para acompañarlo y participar de la indignidad que el hombre sufría.

Tímida, hija de su época, no participaba en las actividades de la iglesia, hasta el día tan recontado en el que súbitamente, se paró después de la predicación de su esposo, se acercó al púlpito y dijo: "Quiero decir una palabra". Su esposo galantemente dijo: "Mi esposa va a



Catherine, la hija mayor de los Booth, fue conocida como la "Marichale" en París. Su padre la envió a Francia, cuando era casi una niña, a abrir la obra y su predicación tuvo mucho éxito. Un día, un millonario que iba camino al río Senna para suicidarse, se paró a escucharla predicar en la calle y llegó a conocer al Señor. Pasado unos días, invitó a la Marichale a su mansión. Cuando esta llegó, encontró la puerta abierta, y adentrándose lo vio en la biblioteca danzando suavemente. "¿Dónde está la música?", le preguntó. "Está en mi corazón", fue la respuesta.

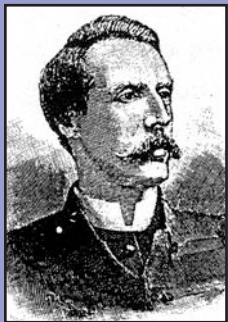


Herbert era el cuarto hijo y él que más se asemejó a su padre. Era creativo y no temía experimentar con nuevos métodos. Fue el primero que usó la "linterna mágica" en el Congress Hall cuando exhibió una serie de diapositivas con las que presentó el Evangelio en forma muy poderosa. Fue autor de

muchas canciones que todavía cantamos. Dejó el oficialato para predicar en forma independiente.



Lucy Booth, la hija menor del Fundador. Sirvió en el Ejército toda su vida. Se casó con un oficial sueco y juntos dirigieron la obra del Ejército en Ceilán, hoy Sri Lanka.



Ballington Booth, el hermano que se fue... Su padre lo envió a Estados Unidos, en donde tuvo diferencias con el Cuartel Internacional de Londres, representado por su hermano Bramwell, Jefe del Estado Mayor, y terminó por alejarse del Ejército. Comenzó un nuevo grupo, los Voluntarios de América, que todavía existe y que se ve en Navidad al lado de nuestras ollas con una chimenea en la que un "Santa Claus" solicita fondos. Hacen obra social, pero han terminado con su obra espiritual.



Evangeline Booth, la más brillante de todos, poseía el intelecto de su madre. Hizo un magnífico trabajo en Canadá y Estados Unidos. Poseía una visión amplia que iba más allá de los límites familiares. Cuando los salvacionistas debieron decidir si el General elegiría su sucesor, haciendo del Ejército un movimiento familiar, o si el Consejo Supremo sería el que haría la elección, Evangeline apoyó los intereses del Consejo Supremo.



Marianne, la última hija del Fundador, deshabilitada mentalmente, permaneció en el hogar hasta el final de sus días.

Somos un pueblo especial

“Lucharé hasta el fin”

El hombre cuya parroquia fue una vez un arrabal del Este de Londres viajaba ahora alrededor del mundo siguiendo las sendas que sus soldados le habían abierto. Visitó los Estados Unidos, Alemania, sólo sentía no poder ir a inspeccionar los trabajos de exploración que hacía su Ejército en Alaska y Java. “Id a buscar almas”, dijo a sus reclutas, y ningún país había sido para ellos demasiado remoto

Ningún pueblo demasiado bárbaro.

Estadistas y reyes competían ahora por honrar a Booth. En 1898 pronunció la oración de apertura del Senado de Estados Unidos. En 1904, el rey Eduardo VII le estrechaba la mano en el palacio de Buckingham y le decía: “Está haciendo usted una gran obra, una obra enorme, General Booth”. El rey también quería saber cuál era la actitud de las iglesias hacia el Ejército.

-Señor -le respondió Booth-, ahora ellas nos imitan.

El rey le pidió que escribiera algo en su libro de autógrafos y Booth anotó lo siguiente:

La ambición de algunos hombres es el arte;

La ambición de otros, el oro;

La ambición de otros, la fama;

Mi ambición es el alma de los hombres.

En octubre de 1905, cuando Londres le entregó las llaves de la ciudad, no quiso ocupar la carroza triunfal que había de conducirlo al Parlamento a través de las calles donde él y sus ayudantes habían socorrido a los pobres. Prefirió ir a pie. Un grupo de sus soldados marchaban a su lado hasta que Bramwell, impresionado por el simbolismo del acto, ordenó: “¡Atrás, atrás! ¡Dejadlo andar solo!”

De pronto Booth se quitó su sombrero de copa y la multitud que lo veía pasar contempló su hermoso cabello blanco revuelto por la brisa otoñal. Hubo muchos que a la vista de aquella figura imponente y venerable lloraron sin tratar de ocultar sus lágrimas.

A los 75 años trabajaba todavía Booth incansablemente. Para él empezaban las labores del día a

Un padre llora su hija



Emma Booth murió joven en un accidente de trenes en Missouri, Estados Unidos. Eso causó una de las peores decepciones en el anciano padre en Inglaterra.

Recibido por el rey



El General se lava las manos en un balde de limpieza en el Congress Hall, lugar que había pasado a inspeccionar en su camino a Buckingham Palace, donde el Rey lo había citado. Fue en esa ocasión que escribió en el libro de visitas del palacio: “La pasión de algunos hombres es la riqueza; la pasión de otros es la fama; mi pasión es el alma de los hombres”.

La pasión de William Booth siempre fue la evangelización. Todos sus planes sociales y sus esfuerzos por el bien material de los hombres, eran sólo una preparación para hacerlos escuchar las demandas de un Dios que siempre está buscando al hombre donde quiera que sus insensateces y sus locuras lo hayan llevado. En esto sólo seguía los caminos del Señor que se aventuró al país lejano, que salió en busca de una oveja perdida, que se alegró por una moneda reencontrada, que siempre estaba en busca de lo perdido. William no esperó que la gente fuera a la iglesia; él trajo la iglesia al mercado y desparramó el Evangelio donde el Evangelio no acostumbraba llegar.

Somos un pueblo especial



William Booth rodeado de algunos de sus nietos.

las seis de la mañana y no terminaban hasta después de medianoche. Nunca disponía de todo el tiempo que hubiera querido. Solía despertar a sus ayudantes, para que llevaran algún recado o para dictarles, a las cuatro de la mañana.

Interesado con las posibilidades del automóvil salió en una excursión de 29 días por la Gran Bretaña, y en espacio de ocho años efectuó siete recorridos de esa clase, predicando el Evangelio en centenares de reuniones públicas. Con un gabán de motorista verde oscuro, que le llegaba a los tobillos, y una gorra picuda con que había reemplazado su famoso sombrero de pelo, se hizo una figura conocidísima en todo el país. En todas las ciudades de Inglaterra la gente se agolpaba al verlo entrar en su Napier blanco de ruedas rojas.

Le obsesionaba todo el trabajo que estaba aún por hacer. Bramwell lo encontraba a veces paseando agitadamente por la noche, con los brazos cruzados y una toalla húmeda envolviéndole la cabeza, preocupado por la suerte de los pobres, los enfermos y los pecadores.

—Quiero hacer más por los que no tienen ho-

gar —manifestaba con vehemencia a su hijo repetidas veces, no solamente en este país sino en todas partes. Cuida de los desheredados, Bramwell. Prométemelo.

Aunque Bramwell se lo prometía, Booth tenía que decir la última palabra:

—Cuidadito como no lo hagas... Si no cumples tu promesa volveré del otro mundo a exigirte su cumplimiento.

Dispuesto a pelear hasta el fin, se oponía testarudamente a dar por terminada su misión. Una vez, en Alemania, cumplidos ya los 81, rechazó con desdén una cómoda silla de brazos que le ofrecían, diciendo:

—Eso es para los viejos.

Pero ya entonces su salud desmejoraba rápidamente. Sufría de cataratas y estaba casi ciego. Cierta día de fines de enero de 1912, Bramwell se quedó horrorizado al verlo tropezar y caer de cabeza escaleras abajo. Milagrosamente no se hizo daño, pero en mayo del mismo año confesó ante un auditorio de 7.000 salvacionistas que llenaban el Albert Hall que iba a entrar en el “di-que seco para que lo repararan”.

Somos un pueblo especial



El funeral de William Booth

“Mientras haya mujeres que lloran, como lloran ahora”, dijo a sus oyentes, “yo lucharé; mientras haya niños con hambre, como los hay ahora, yo lucharé; mientras haya presos en las cárceles, yo lucharé; mientras quede en el mundo una sola alma en la oscuridad, sin la luz de Dios, yo lucharé ... lucharé hasta el fin”.

Fue aquel su último sermón, quizá el mejor. Tres meses después, el 20 de agosto de 1912, moría a la edad de 83 años. Los oficiales de su estado mayor que llegaron al día siguiente al Cuartel General Internacional vieron esta sencilla nota en la ventana: “El General ha entregado su espada”.

Se desvivió por los desdichados

En 60 años de labor evangelística Booth había recorrido ocho millones de kilómetros y pronunciado cerca de 60.000 sermones. Su espíritu hipnótico había inducido a 16.000 oficiales a seguir su bandera en 58 países y a predicar el evangelio en 34 lenguas. Su muerte se lloró en todos los rincones del mundo.

Durante los tres días en que su cuerpo fue velado, 15.000 personas desfilaron ante el féretro del viejo guerrero, y el día de sus funerales la ciu-

dad de Londres cerró sus oficinas; las banderas de todas las naciones se inclinaron para saludarlo; circundaron su tumba coronas de flores enviadas por el rey y la reina y por los mandatarios de todo el mundo.

Los servicios fúnebres se celebraron en un amplísimo salón de Londres al que concurrieron 40.000 personas. Oficiales del Ejército de Salvación venidos de todas partes del mundo en uso de licencia, entre ellos su hija Evangeline, que llegó apresuradamente de Nueva York, se arrodillaron al lado del feretro para renovar los votos hechos a Dios y al Ejército. Junto con ellos se arrodillaron ladrones, vagabundos, prostitutas... los perdidos y los parias a quienes Booth había entregado el corazón.

Aunque pocos lo sabían, también estaba allí presente la realeza. Medio oculta, en el fondo del salón se sentaba la reina María de Inglaterra, fiel admiradora de Booth. A última hora había resuelto ir sin anunciarlo.

Cerca de ella había una mujer, vestida pobremente pero aseada, que le confesó su secreto a la reina. En un tiempo había sido de la vida airada y el ministerio del Ejército de Salvación la había traído a los caminos del Señor. Años después, el General Booth escuchó su historia y le dijo con dulzura: “Hija mía, cuando vayas al cielo María Magdalena te dará uno de los mejores sitios”.

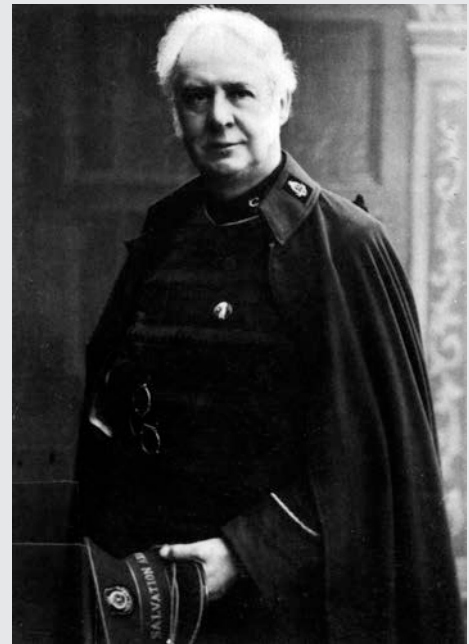
La mujer había llegado temprano para tomar un lugar junto al pasillo por donde habría de pasar el féretro. Y cuando pasó pudo colocar sin que nadie se lo impidiera tres mustios claveles sobre la tapa... únicas flores que adornaron el ataúd durante el servicio.

La reina María se conmovió profundamente cuando la mujer se volvió a ella y le dijo estas sencillas palabras que podrían servir de epitafio a William Booth: “Se desvivió por los desdichados como nosotros”.

¿Cuán cómodo se sentiría usted en una reunión de los primeros salvacionistas? Le advertimos, las cosas no siempre eran tranquilas. Como podemos observar en los recuerdos de Bramwell Booth, había orden y programación, pero cuando el Espíritu tomaba control, las cosas se tornaban sorprendentes.

Señales y prodigios

Traducido del libro *Echoes and Memories*
Publicado por el Ejército de Salvación,
Londres.



Bramwell Booth, hijo mayor del Fundador, y su mano derecha. Muchos le acreditan el haber sido usado por Dios para dar forma y consistencia a lo que se había levantado tan efervescientemente.

Para leer: Hechos 9:3, 4, 8, 9, y 2 Corintios 12:2-4

Desde que tengo uso de razón he sentido interés por lo que a veces se llaman manifestaciones físicas, aunque siempre con muchas reservas... He sido de la opinión que cualquier cosa que pretenda proceder de lo sobrenatural debe presentar credenciales de autenticidad que la pongan por encima de toda duda. A pesar de esto siento que estas demostraciones externas tienen su lugar, especialmente en lo que respecta al Ejército. Nosotros hemos sido testigos de ellas, de esto no cabe duda y ellas se han manifestado en diferentes períodos de la historia de la Iglesia.

Los primeros ejemplos que me tocó presenciar fueron casos de personas que vivían alejadas de Dios y que experimentaban un quebrantamiento extraordinario ante la presencia del Espíritu de Dios. He visto hombres en nuestras reuniones, que maldecían y blasfemaban al comienzo del programa y que de repente se quebrantaban como si algún poder físico se hubiese derrumbado sobre ellos postrándolos en

el piso. Luego, después de unos momentos de silencio, comenzaban a gemir en penitencia, confesaban sus pecados e imploraban la misericordia de Dios. En muchos de esos casos la vida de esas personas daba un cambio total de manera que nadie que los hubiese conocido antes podía dudar de que la experiencia había sido real...

El siguiente es un caso registrado en mi diario en enero de 1878, acaeció en una reunión en Whitechapel cuando casi todas nuestras evangelistas se encontraban en la audiencia.

Por la noche, Corbridge dirigió una reunión de alabanza hasta las diez. Entonces comenzábamos la reunión de oración de toda la noche. Doscientos cincuenta personas se quedaron hasta la una de la madrugada y luego permanecieron como unas doscientas. Un tiempo increíble, desde que se hizo presente, escudriñando, ablandando y sometiendo cada corazón. El poder del Espíritu Santo cayó sobre Robinson y le hizo postrarse. Estuvo a punto de

Somos un pueblo especial

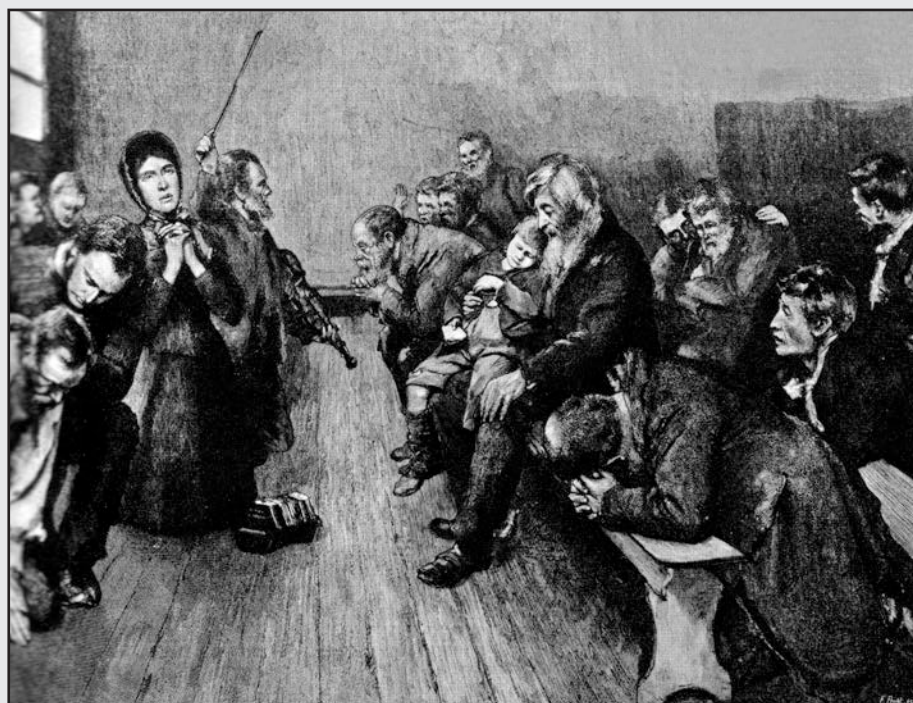
perder el conocimiento en dos ocasiones. El hermano Blandys entró con plena libertad y comenzó a gemir, llorar y aplaudir para luego danzar en medio de una escena del más glorioso y celestial entusiasmo. Mientras tanto, otros estaban tendidos y postrados en el piso; algunos gemían pidiendo liberación completa.

Mi política, y la que adoptaron la mayoría de los líderes en la presencia de estas influencias, fue la de nunca oponerse o rechazarlas y cuidar que los sujetos fueran removidos de la reunión lo más pronto posible. Generalmente eran transportados a cuartos adyacentes, los hombres separados de las mujeres y quietamente eran acostados. Cuando nos era posible, especialmente en los comienzos cuando no estábamos acostumbrados a lo que luego se convirtió en algo más usual, teníamos un doctor al que podíamos llamar en caso que surgieran efectos negativos después de esas experiencias, tal vez con la perspectiva de confirmar la autenticidad del caso.

El hecho de sacarlos rápidamente de la reunión era sabio. Evitaba que cualquier vano o neurótico buscara atención sobre sí mismo...

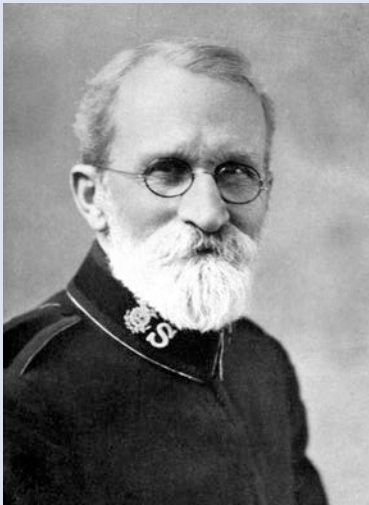
¿Cuál era el resultado final? Bueno, la gran mayoría de los que no habían sido salvos buscaban el perdón de Dios y comenzaban a vivir vidas nuevas y el hecho de que sus nuevas vidas venían de un comienzo tan extraordinario sin duda alguna ayudaba su fe. En lo que respecta a los que ya eran parte de nuestra gente o eran cristianos que estaban de visita en nuestras reuniones, los efectos posteriores como es de esperar variaban. En la mayoría de los casos se manifestaba un deseo inmediato de darse por entero a la voluntad de Dios.

En otros casos tuvimos sorprendentes descripciones de visiones o revelaciones que habían ocurrido durante el período de inconsciencia. Sin embargo, estas eran relativamente pocas en número, porque aunque escuché de muchos que fueron conscientes de cosas notables, por regla general, no parecían ansiosos de hablar de ello. La impresión que daban era como la que expresaba el apóstol Pablo cuando habló de haber llegado al tercer cielo, y no estar seguro de si estaba en el cuerpo o fuera de él... y de haber oído palabras que no le era posible repetir.



Una típica reunión de los primeros salvacionistas.

Las palabras de un apóstol



“ Si permitimos que el amor se nos evapore, perderemos la corona.

Tendremos el nombre con el cual funcionar, pero seremos cadáveres. Continuaremos ofreciendo alojamiento al desamparado, repartiremos comida al hambriento, permaneceremos minuciosamente fieles a nuestra rutina diaria, pero el ministerio del Espíritu habrá dejado de ser nuestra gloria. Nuestros músicos tocarán meticulosamente bien, nuestros cantores nos deleitarán con el arte musical que halaga el oído, pero todo esto dejará el corazón frío y endurecido.

Samuel L. Brengle.

¿Quién fue Samuel Brengle?

Samuel Brengle es considerado como un apóstol de nuestro movimiento. Venía de una familia unida y aunque perdió su padre a temprana edad, logró hacerse de una educación sólida. Estudió para el ministerio en una prestigiosa universidad de Boston, Estados Unidos. Cuando el Fundador pasó por la ciudad, Brengle fue a verlo en una de sus reuniones. Tal fue su impresión que comenzó a pensar en adherirse al Ejército. “Usted pertenece a la clase peligrosa”, le dijo el General. “Ha sido su propio jefe por tanto tiempo que no está capacitado para someterse a la disciplina militar”. El entusiasmo del joven prevaleció y unos meses después se encontraba en un barco con dirección a Londres, donde entraría a la Escuela de Cadetes.

Fueron tiempos difíciles. Su primera asignación fue limpiar un montón de botines que pertenecían al resto de los cadetes de su brigada. Su humildad venció y de esa manera comenzó un ministerio que lo llevó de hacer brillar calzados a iluminar un Ejército. Brengle se convirtió con el tiempo en un destacado exponente de la doctrina de la santidad. Fue nombrado evangelista internacional y recorrió el mundo llevando avivamiento y renovación a los salvacionistas de innumerables países. Escribió una centena de libros, de una enseñanza sencilla pero profunda (la mayoría traducidos al español, el principal de ellos: *El secreto del ganador de almas*).

“No leas la Biblia para saber sino para hacer”.

“Una vara casi recta es una vara torcida”.



Samuel Brengle recibe la Orden del Fundador de manos de Evangeline Booth.



“Soy un hombre solitario pero no me siento solo. A través de la Biblia, vivo con profetas, sacerdotes y reyes. Camino y comparto con apóstoles, con santos, con mártires y con Jesús y mis ojos han visto al Rey”.

En sus últimos años como evangelista, Brengle pasaba la mayor parte de su tiempo lejos de sus seres queridos.

Dios hace originales

Cuando Dios entra en la vida de un hombre o una mujer, saca a relucir su originalidad. Quien tiene a Dios en el corazón, tiene la libertad para llegar a ser aquello para lo cual fue creado. Es el diablo el que insta al hombre a imitar, a copiar, a ser como otros. ¡Dios hace originales! Aquí presentamos tres “modelos exclusivos” de ellos, con diferentes personalidades, talentos y diferente niveles de educación. Pero todos ellos obsesionados con servir al Señor que los había convertido en algo especial.

George Railton



“¿Nuestra catedral?
El aire libre.
¿Nuestra universidad?
El cuarto de oración.
¿Nuestra biblioteca?
La Biblia.”

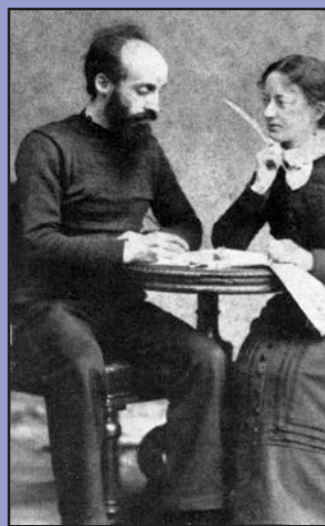
Fue el primer Comisionado que tuvo el Ejército. Entusiasta, sacrificado y con instrucción. Hablaba varios idiomas incluyendo el español, el cual manejaba con bastante fluidez. Al visitar la ciudad de Rosario en Argentina dijo: El español “se adapta muy bien al uso religioso. Una de las mejores lenguas conocidas por el hombre. Posee dignidad, altura y contiene recursos ilimitados para la elocuencia”. Railton podía ser excéntrico y tenía opiniones muy marcadas. Para mostrar su oposición a la política de Booth de vender seguros para costear la obra social, se vistió a la usanza de los profetas del Antiguo Testamento y dio “su testimonio” en el auditorium más grande de Londres, condenando las nuevas políticas.



El primer amor de Railton era la predicación de la Palabra. Hablaba del Señor donde quiera que iba. Siempre viajó en tercera clase, porque era el “lugar donde se encuentra la gente más receptiva al Evangelio”. Viajó por el mundo entero predicando. El último año de su vida hizo campañas en Canadá, Holanda, Suiza y Alemania. De paso por la ciudad de Colonia fue a ver unos amigos oficiales con los cuales cenó y después de caminar a la estación para tomar un tren nocturno se sentó en un banco. El conductor lo vio y quiso ayudarlo a subir pero ya se había ido con el Señor.



Railton “invade” a Estados Unidos con un grupo de seis jóvenes salvacionistas y una oficiala a cargo de ellas. En la ilustración, él desembarca en Nueva York, ciudad en la que se estableció. Cuando sintió que el alcalde no prestaba suficiente atención a sus demandas, le envió un ultimátum por la prensa y trasladó el cuartel a Filadelfia.



En la ilustración Railton y Marianne, su esposa, a quien conoció en un viaje en tren, en una de sus campañas. Ella venía de una familia pudiente. Para su luna de miel habían planeado pasar diez días en un área tranquila en medio del invierno, pero alguien vino y le preguntó: ¿Podría dirigir una reunión mañana? Él, por su puesto, accedió y esa llegó a ser una experiencia normal para Marianne, ella cuidando los niños en la casa y él viajando por el mundo predicando.

Joe, el Turco



Estuvo preso 53 veces por atentar contra la paz pública. Tenía prontuario policial en innumerables ciudades de Estados Unidos y vestía escandalosamente. Pero pregúntele a un salvacionista norteamericano quién hizo más por lograr que el Ejército de Salvación fuera permitido en las calles del país y la respuesta será: Joe, el Turco.



Con una corneta o un saxofón Joe, el Turco, se paraba en la plaza del pueblo y comenzaba a tocar y predicar el Evangelio. Llegó a convertirse en un experto en apelaciones a la corte y de esta manera hizo más que nadie por conseguir libertad de culto. En Portland, Oregon, lo llevaron a prisión por soplar la corneta, y al recibir una sentencia de diez días, el juez le agregó otros 15. Nadie había gritado nunca ¡Alabado sea el Señor! en su corte al momento de recibir la sentencia.



Acostumbraba llevar un timbre de goma con el que estampaba las palabras JESÚS SALVA donde quiera que tenía oportunidad. En Los Ángeles, durante una de sus campañas, fue arrestado. Durante siete días predicó a todos sus compañeros y llevó más de 30 vagabundos y ebrios a los pies del Señor. Finalmente, un abogado se apareció para defenderlo. "Por favor, permite que te defienda", le dijo. "No he podido dormir desde que te pusieron en la cárcel. Cada vez que intento cerrar los ojos te veo marchando a través de mi casa y cuando trato de trabajar oigo una voz que me insta: ¡Saca a ese hombre de la cárcel!"

Eduardo Palací

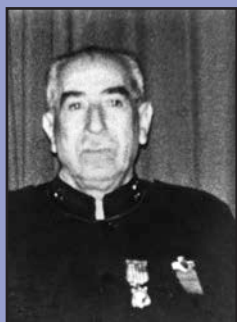


Palací es considerado el mejor predicador salvacionista de habla hispana. Nació en Perú y conoció al Señor por medio de un misionero norteamericano, que volvía a su tierra con un sentimiento de fracaso, porque en siete años de lucha constante, sólo había logrado llevar a este muchachito de 14 años a los pies del Señor. Desde un principio Palací sintió el fervor de evangelizar y se dedicó al trabajo de colporteur (persona que distribuye Biblias), labor que lo llevó a muchos países. En Panamá, vio dos muchachas jóvenes con un extraño uniforme, que trataban de predicar en español con mucho esfuerzo. Palací se ofreció para traducirles (era uno de sus mejores talentos), y así ingresó a las filas del Ejército de Salvación, donde Dios usó ampliamente sus talentos para evangelizar. El Coronel Eduardo Palací predicó en cada rincón de América Latina y llegó a los lugares más apartados.

Tradujo el cancionero del Ejército a un español elegante y espiritual y fue el instrumento para que muchos salvacionistas latinos pudieran leer a William Booth, Catherine Booth y Samuel Brengle.

Costumbres y vocabulario

Junto con adquirir una formación militar, los primeros salvacionistas adoptaron una terminología que mostraba la combatividad y el fuego que sentían por las cosas del Señor. Algunos vocablos se tradujeron al español y permanecieron, otros fueron descartados. Aquí hay una lista de los más conocidos.



Trofeo de gracia

Con este nombre se conoce a aquellas personas que dramáticamente han pasado del mundo de las tinieblas, al mundo de luz. Toda conversión es hermosa, pero esta tiene un elemento de drama que le da un toque especial. El Enviado Luis Orellana se puede considerar como un "trofeo de gracia". Cada vez que se pagaba al personal en la Municipalidad de Santiago de Chile, Luis no llegaba a casa. Su señora sabía muy bien la razón: su esposo se estaba gastando el dinero de la familia con sus amigotes. No era que Luis estaba contento con su conducta; trataba de cambiar pero se sentía encadenado a su mal hábito. En medio de su desesperación decidió terminar con su aprisionada existencia, y con ese fin se fue a la línea del tren. Se recostó en un árbol cuyo tronco torcido lo hacía confortable y se quedó dormido. Cuando despertó el tren había pasado,

sin que él lograra su cometido. Fue entonces que escuchó una música y luego una voz, que gritaba: "Levántate tú que duermes y Cristo alumbrará tu camino". Eran unos jóvenes de uniformes azules que lo invitaron a la iglesia. Aquel día su vida fue alumbrada y nunca más una gota de alcohol cruzaría su garganta. Comenzó un Cuerpo en su casa en el cual predicaba todos los días. Después de numerosos años de servicio, recibió la medalla del Fundador; pero lo más importante para la vida del Enviado Orellana siempre fue que Cristo había alumbrado su camino.



Cartucho

Cartucho es el nombre que se le da en un ejército regular a las municiones. Con ese nombre conocían los primeros salvacionistas el diezmo, indicando así que cada vez que cumplían este mandato estaban aportando municiones para la guerra de salvación.



Una boda a la antigua

Los primeros salvacionistas estaban tan empeñados en salvar almas que toda ocasión era propicia para predicar el Evangelio. Eso incluía los funerales y las bodas. La pareja que presentamos a la izquierda no tuvo una boda como las conocemos; no hubo entrada de la novia, padrinos, damas de honor ni caballeros. Ellos fueron casados en una reunión de salvación, en la cual se sentaron en la plataforma, hasta que llegó el momento de que el dirigente los casara. Fue una ceremonia simple y corta, y luego la reunión prosiguió incluyendo la predicación y el llamado. A menudo se podía ver al novio o a la novia orando como un nuevo convertido en el banco de penitentes.



Órdenes de marcha

Le llegan a todo oficial salvacionista. Es la carta del Cuartel que le avisa que debe marcharse a otro ministerio (nombramiento, como se le conoce entre nosotros).



Promoción a la Gloria.

Cuando un salvacionista fallece, se dice que fue Promovido a la Gloria. Esta es la última y la más importante promoción que un cristiano puede recibir.